

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

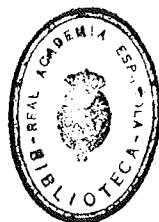
LA LITERATURA DE TESTIMONIO
EN LOS ALBORES DE AMERICA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 3 DE JUNIO
DE 1973, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. DON TORCUATO LUCA DE TENA BRUNET

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON LUIS ROSALES CAMACHO



M A D R I D
1 9 7 3

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON TORCUATO LUCA DE TENA BRUNET

Depósito legal: M-16280-1973

TALLERES «PRENSA ESPAÑOLA, S. A.». SERRANO, 61. MADRID

SEÑORES ACADÉMICOS:

CUANDO hace algunos meses comencé a bosquejar el tema de este discurso (cuya redacción se ha visto interrumpida de continuo por otros ineludibles quehaceres) y buscaba vanamente las palabras justas que expresaran mi gratitud por el honor que me habéis dispensado, el pensamiento se me iba tras el recuerdo de quien por primera vez me invitó a presentar mi candidatura para esta Real Academia.

Era un anciano pulcro y lúcido; corto de voz, parco en palabras; más minucioso en exponer que interesado en resolver; más conforme con el arte de sugerir sensaciones que de imponer criterios, cuya pulida templanza en el atuendo y las maneras se reflejaba en el más comedido, mesurado y elegante lenguaje de nuestro tiempo: Azorín.

Alejado de la política y de las actividades académicas, sintió de súbito la comezón de hacer política electoral académica y hasta de utilizar —¡Dios se lo pague!— ciertos métodos de presión, de dudosa eficacia, para recabar votos en mi favor, como el de insinuar que regresaría a la Academia (en la que no ponía los pies

desde hacía décadas, por motivos de sobra conocidos) caso de cumplirse su buen deseo.

Escribí al maestro el 7 de marzo de 1963:

“Yo no sé si la benevolencia de los “inmortales” será algún día tanta como para aceptarme en la Academia supliendo ellos, con su generosidad, los méritos que a mí me faltan. Pero le aseguro que si ese día llegara, mi satisfacción no será entonces mayor de lo que hoy es mi gratitud hacia usted por invitarme a presentar mi candidatura y ofrecerme su apoyo para tal empresa. Porque, aunque indigno de su estimación literaria, el que sea Azorín quien me estimule a dar ese paso es ya un premio que guardaré siempre en el corazón y en la memoria con íntimo orgullo.”

Mas Azorín no cejaba:

“A la vez que usted se recusa —me escribe en la misma fecha—, publica un artículo admirable.” “Méritos literarios le sobran a usted. Un cordialísimo saludo y... al tiempo. Azorín.”

Hoy que el tiempo ha llegado no es la vanagloria la que me impulsa a publicar estos recuerdos, sino el íntimo deseo de que el primer acto de mi vida académica, más aún, las primeras palabras de este primer acto, sean, en el año de su centenario, un homenaje a quien a lo largo de tres generaciones honró desde su número 1 y hasta su muerte las páginas del periódico que dirijo y que, extremando su bondad, me entreabrió la puerta de esta Casa por la que ustedes, señores académicos, me han invitado a pasar.

Vengo a suceder a don Francisco Javier Sánchez Cantón, a quien me parece justo definir como doctor en Múltiples Curiosidades. He aquí un hombre “modelo de lo que un maestro y un intelectual deben ser”, según

palabras de don Gregorio Marañón, doctor, también él, en curiosidades múltiples. La variedad de saberes y de actividades intelectuales de mi ilustre antecesor quedan bien patentes en las obras que publicó. No es frecuente que quien escribe un libro titulado *Nacimiento e infancia de Cristo* sea el mismo que redacte *Paseos a través de Madrid y excursiones por sus alrededores*; que quien dedica su discurso de ingreso en esta Casa a *Don Antonio Francisco de Castro, poeta prerromántico*, sea el autor de *Los Arfes, escultores de plata y oro* o de las *Fuentes literarias para la historia del Arte español*, su magna obra, en cinco volúmenes, aparecidos en el curso de dieciocho años de fecunda e inteligente investigación, en la que se funden y aúnan las tres grandes vocaciones de su autor: el Arte, la Literatura y la Historia. Vocaciones que, de no haber ido acompañadas de un claro talento, no le hubieran hecho merecedor de ocupar un sillón en tres Reales Academias, de las cuales fue hasta su muerte director de dos: la de Bellas Artes de San Fernando y la de la Historia.

Llegado el momento de escoger un tema para esta disertación he seleccionado uno que, por sus implicaciones históricas, hubiera sido grato a mi curioso antecesor y que por sus implicaciones literarias y hasta profesionales hubiera sido del agrado de Azorín:

LA LITERATURA DE TESTIMONIO EN LOS ALBORES DE AMÉRICA.

Hay no poco de pedantería y no poco de suficiencia en la novísima interpretación de quienes pretenden identificar la *Literatura de Testimonio* con toda mani-



festación que lleve cierta carga de amargura crítica, con lo que se ha rebajado un término literariamente noble a un plano semejante al que ocupa en la música frívola la canción protesta. No niego que la literatura crítica o de denuncia sea lícita o incluso, no pocas veces, útil y deseable. Lo que me parece inadecuado es que se la denomine “de testimonio”, porque, puestos a testificar con la pluma, lo mismo podemos mojar ésta en hieles que en mieles y testimoniar lo vituperable que lo merecedor de alabanza.

De aquí que convenga desbrozar el término de su adherencias y superfluidades y declarar el sentido que aquí le damos.

Por Literatura de Testimonio entendemos la que se contrapone a Literatura de Creación: la que relata los hechos reales, no la que manipula con los ficticios. Tal es el periodismo.

Cuando el novelista relata unos hechos de su invención, acaecidos a personajes que no han existido más que en su ingenio, y pone en sus labios palabras y conceptos que no han sido dichos, y describe situaciones que nunca se han presentado y engarza argumentos e intrigas que no se han producido en la vida real, está realizando literatura de creación. Cuando el escritor está presente en el lugar de un suceso e investiga sobre el terreno las causas del mismo, e interroga a los protagonistas del caso y describe lo que ha visto, averiguado u oído, está realizando literatura de testimonio.

La grandeza de un autor de obras de fantasía está en su capacidad de fabulación; la de un autor de obras de testimonio, en su exactitud. En este sentido es deliciosa la cita de aquel gran autor de obras de testimonio

que es Bernal Díaz del Castillo cuando escribe: “La verdadera policía e agracido componer [literario] es decir [la] verdad.”

La novela, el teatro, el cuento, la poesía son creación. Las Memorias, autobiografías, crónicas y reportajes son testimonio. El periodismo moderno necesita alimentar diariamente a sus lectores con la información exacta de lo que acaece en los más diversos escenarios. Para saciar esta sed informativa el periodista se desplaza al lugar del suceso o a aquel donde está previsto que va a desarrollarse un episodio. Así, “Azorín” no hace periodismo —literatura de testimonio— cada vez que escribe en los periódicos, mas sí lo hace cuando, enviado especial de “A B C”, se traslada a París en 1905 para contar las incidencias del viaje de Alfonso XIII a la República francesa y es testigo presencial del atentado contra el Rey y el Presidente Loubet, y lo describe (1); así, José María Pemán, cuando se traslada a Oriente para encontrarse con Pablo VI a orillas del lago Tiberiades, y nos lo cuenta (2).

Mas hay otro género de informadores que no se desplazaron, como los modernos, en busca del suceso, para describirlo sobre el cuerpo aún caliente del acontecimiento, sino que el suceso les sorprendió en el escenario mismo en que se hallaban. Y lo escribieron para la posteridad. No acudieron: estaban. Páginas inmarcesibles de la literatura histórica de todos los tiempos son debidas a la coincidencia, muchas veces fortuita, del hecho

(1) El número fundacional de “A B C” —1 de junio de 1905— contiene la primera crónica telegráfica publicada en la Prensa española. Su autor es “Azorín”. Al día siguiente se publicó en este mismo periódico la que narra el atentado.

(2) “A B C”, 7 de enero de 1964.

inusitado y del inusitado escritor. Platón estuvo presente en la agonía magistral de Sócrates, y la dialogó (3); Plinio el joven, en la destrucción de Pompeya, y la describió (4); San Juan y San Mateo fueron testigos de Cristo viviente, y contaron lo que vieron sus ojos y palparon sus manos; Bernal Díaz del Castillo desembarcó con Hernán Cortés en la tierra firme de México, frente a la isla de San Juan de Ulúa, un Jueves Santo de 1519, y escribió uno de los mejores libros de aventuras que se han impreso (5).

Hay en todos estos narradores una evidente intención testifical. No les basta saber lo que describen; quieren que se sepa por qué lo saben ellos. Así San Juan Evangelista, único apóstol presente en la Crucifixión, intercala en el relato de la lanzada en el costado de Nuestro Señor esta declaración personal: "Y el que lo vio da testimonio. Y su testimonio es verdadero. Y él sabe que es verdad". Y más adelante insiste: "Este es el discípulo que da testimonio de estos hechos y el que los ha escrito". Y Fernández de Oviedo reitera hasta la saciedad declaraciones como ésta: "Y yo estaba allí. Y no se olvidará a los que allí estaban".

El testimonio literario, señores académicos, que voy a analizar hoy —dentro de los límites que imponen de consumo la brevedad del tiempo y mi corto ingenio— da fe de uno de los acontecimientos más trascendentes de la Historia y de una de las hazañas más colosales realizadas por el hombre sobre la Tierra: me refiero a los prime-

(3) Platón: *Diálogos*, "Fedón o de la inmortalidad del alma".

(4) Los dos Plinios estuvieron presentes en la catástrofe de Pompeya. El mayor de ellos, tío y tutor del segundo, pereció en la catástrofe. Plinio el joven describe el suceso en una de sus cartas más interesantes.

(5) *Verdadera historia de la conquista de Nueva España*.

ros escritos colombinos, en los que se da cuenta al mundo del descubrimiento de América (6). Mejor: de lo que hoy "con tanta impropiedad como injusticia" denominamos América (7).

(6) Los primeros escritos de Cristóbal Colón acerca de la aventura americana son: a) el *Diario de la primera navegación*, cuya versión exacta se desconoce. Una glosa reducida del mismo fue manuscrita por el Padre Las Casas para utilizarla como base documental para escribir su "Historia General de las Indias". Este manuscrito fue descubierto por Martín Fernández de Navarrete en el archivo de los Duques del Infantado y hoy se conserva en la Biblioteca Nacional; b) la *carta escrita a Mosén Luis de Santangel* dando cuenta del descubrimiento de América, de la que se da más amplia noticia en nuestra nota número 12; c) la *carta dirigida a Rafael Sánchez*, tesorero de los Reyes, cuya versión original en castellano se ha perdido. Fue traducida del español al latín por Leandro de Cozco a 25 de abril de 1493 y retraducida del latín al castellano por don Antonio González en 1791; d) el *memorial que entregó el Almirante a Antonio de Torres para que lo hiciera llegar a Sus Majestades*. Se refiere a su segundo viaje y fue escrito en la ciudad Isabela el 30 de enero de 1494. Se conserva en el Archivo de Indias y lleva escrito a los márgenes las respuestas que dan los Reyes a cada una de las preguntas del dicho memorial; e) *La historia del viaje que el Almirante D. Cristóbal Colón hizo la tercera vez que vino a las Indias*. Este documento también fue descubierto por Navarrete en 1791 en el archivo del Duque del Infantado e igualmente está manuscrito, bien que esta vez íntegro, por fray Bartolomé de las Casas; f) *Carta que escribió D. Cristóbal Colón, Virrey y Almirante de las Indias, a los cristianísimos y muy poderosos Rey y Reina de las Españas, Nuestros Señores, en que les notifica cuanto le ha acontecido en su [cuarto] viaje*. Esta carta, que se conserva en la Biblioteca Nacional, fue escrita en Jamaica el 7 de julio de 1503 en circunstancias dramáticas. La entregó Colón a uno de sus mejores hombres, Diego Méndez, quien con riesgo de su vida la transportó en una canoa a la isla Española, de donde fue remitida a Castilla. Fue impresa en Venecia en 1505. Una copia manuscrita del original, existente a la sazón en la "biblioteca particular de cámara del Rey Nuestro Señor", fue cotejada el 12 de octubre de 1807 por Martín Fernández de Navarrete.

(7) Fernández de Navarrete: *Colección de los viajes y descubrimientos* (introducción).

Por encima de todo cuanto se ha escrito de los albores del Nuevo Continente; por encima de la famosa carta dirigida al Cabildo de Sevilla, de la que es autor el médico Alvarez Chanca, testigo, en el segundo viaje, de la primera sangre derramada entre blancos y caribes (8); muy por encima de la relación del cuarto viaje escrita sibilinamente por aquel gran bellaco llamado Diego de Porras (9); por encima de los cuatro colosos, Oviedo, Hernando Colón, Bartolomé de las Casas y Pedro Mártir de Anglería, sitúo, por su valor de testimonio, los primeros escritos del Almirante. El que sea el héroe mismo de la fascinante aventura el primero que informa a la cristiandad del descubrimiento que habría de cambiar la faz de la Tierra, enriquece de tal modo el documento, añade tales quilates al oro intrínseco del portentoso relato, que es, si me permiten ustedes esta exaltación, acaso impropcedente para la medida de esta Academia, como si la destrucción de Pompeya, lejos de haber sido contada por un testigo fortuito, como Plinio, hubiera sido descrita por el propio Vesubio (10).

Cuándo fueron redactados estos documentos; quiénes

(8) El Dr. Alvarez Chanca, médico de la corte, participó, por mandato de los Reyes Católicos, en el segundo viaje colombino y escribió una interesantísima relación al cabildo de su ciudad (Sevilla). Se conserva en la Real Academia de la Historia. El historiador puertorriqueño Aurelio Tió ha escrito una espléndida monografía sobre el tema: "Doctor Diego A. Chanca (Estudio Biográfico)", Barcelona, 1966.

(9) Diego de Porras participó en el cuarto viaje como contador general de la escuadra y escribano. Se sublevó contra el Almirante en la isla de Jamaica. Fue hecho prisionero por Bartolomé Colón.

(10) Aunque el Diario de a bordo fue escrito con anterioridad a la carta dirigida a Santangel, este documento no fue impreso hasta muchos siglos después y en la versión incompleta que manuscibió Las Casas. (Véase nota 6.)

y por qué fueron sus destinatarios; qué conocimientos de la época vienen a comprobar, cuáles a destruir; cómo llegaron a su destino; dónde se encuentran ahora; serán cuestiones que iremos tratando a lo largo de este discurso sin excluir determinadas referencias históricas de las que no he podido prescindir a pesar de ser sobradamente conocidas, pues arrojan no poca luz sobre los textos literarios en sí mismos.

A punto de culminar el regreso de su primer viaje, y estando a la altura de la isla de Gran Canaria, Cristóbal Colón, poseído de la euforia, redacta, fecha y firma a bordo de la carabela "La Niña" una de las cartas más famosas del epistolario universal (11). En ella se da cuenta del descubrimiento del Nuevo Mundo. No habrían de transcurrir ocho meses del desembarco de Colón y ya existirían de la misma diez ediciones en castellano, latín e italiano impresas en Barcelona, Amberes, Basilea, París, Roma y Florencia. Cuatro años más tarde ya correrían impresas diecisiete ediciones, incluyendo la de Estrasburgo y Valladolid (12). El poeta italiano Giuliano Dati la imprime en verso: "La lettera dellisole che ha trouato nuouamente il Re dispaña...".

Los papeles que lleva Colón consigo son cuatro: la carta al Escribano de Ración de la Casa y Corte que aca-

(11) La primera edición de esta carta se imprimió en la imprenta de Pedro Pusa, en Barcelona, en 1493. Una copia impresa de esta primera edición, ejemplar único, desgraciadamente perdido para España, se encuentra en la Lennox Foundation, de la New York Public Library. Don Carlos Sanz la ha publicado recientemente con notas muy acertadas y eruditas.

(12) La edición de Valladolid se imprimió en los talleres de Pedro Giraldi y Miguel de Planes, en 1497. Un ejemplar de la misma se conserva en el Archivo de Simancas, otro en la Biblioteca Ambrosiana, de Milán.

bo de citar y que fue la primera que se imprimió; una segunda carta dirigida al Tesorero de los Reyes, Rafael Sánchez, cuya versión original en castellano no conocemos, ya que sólo ha llegado a nosotros la traducción latina; y dos primorosos escritos que no fueron conocidos hasta el pasado siglo en que los descubrió y dio a luz la diligencia sin par de don Martín Fernández de Navarrete: el Diario de a bordo y la Carta dirigida a sus Católicas Majestades (como prólogo o presentación del propio Diario) a los que titula: "Cristianísimos y muy altos y muy excelentes y muy poderosos Príncipes, Rey y Reina de las Españas y de las Islas de la Mar, nuestros señores".

Colón desembarca en Palos de Moguer el 15 de marzo de 1493. Han transcurrido siete meses y trece días desde que las tres carabelas zarparon de aquellas mismas aguas rumbo a lo desconocido. Entretanto, en el espacio que separa Europa de Asia (a cuyas costas creía Colón haber llegado) un inmenso continente que corta el océano de polo a polo había sido descubierto.

Apenas hubo Colón desembarcado, recibió una mala nueva: los reyes se hallaban en el extremo más alejado de la península: Barcelona. Sin pérdida de tiempo se puso en camino hacia el gran puerto de Levante. No hizo el viaje solo. No le bastaba dar cuenta de palabra a los soberanos de cuanto había descubierto, entregarles el manuscrito de su diario de a bordo, desplegar ante ellos las cartas de navegación diseñadas o exponer sus proyectos para el futuro. Colón quería que los monarcas comprobaran por sus propios ojos las pruebas fehacientes de su aventura. Y así se llevó con él a los indios que embarcó en Guanahaní, a siete mujeres que capturó en Cuba "de muy buen acatamiento" ("que traen por delante de su cuerpo una cosita de algodón que escasamente les cobija

su natura") (13), dos niñas y un niño, una colección de papagayos vivos, centenares de plumas multicolores de pájaros exóticos, un pan de cera (porque, según afirmaba, "donde había cera debía haber también otras mil cosas buenas"); muestras de resinas perfumadas como la almáciga (14); unas espigas gigantes —nunca vistas en Europa antes de ahora— llamadas *maíz* (15); plantas de hojas medicinales como el *figualoe*; raíces con virtudes purgantes como el *ruibarbo*, y sacos llenos de especias, unas conocidas y otras no, con cuyo comercio pensó convertir nuestros reinos en un emporio de riqueza.

Cierto que no existe el inventario de lo que Colón llevó consigo en aquel viaje a pie desde Huelva a Barcelona, pero me he tomado la paciencia de anotar en su Diario todo lo que él, a medida que lo capturaba o descubría se hacía el propósito de llevar. Así escribe en su Diario de a Bordo, con fecha viernes 16 de noviembre de 1492:

"Pescaron también con redes y hallaron un pece, entre otros muchos, que parecía propio puerco, no como tonina el cual"... "era todo concha, muy tiesta, y no tenía cosa blanda, sino la cola y los ojos y un agujero debajo

(13) *Diario de a Bordo*: noticia correspondiente al martes 16 de octubre.

(14) "Estando así vino el contramaestre de *La Niña* a pedir albricias al Almirante porque había hallado almáciga"... "la cual guardó para llevar a los Reyes (*Diario de a Bordo*: noticia del 5 de noviembre de 1492).

(15) En la relación de su tercer viaje relata Colón cómo los indios le dieron de comer pan. Y añade: "debe de ser dello de maíz que una simiente que hace una espiga como una mazorca que llevé yo allá, y hay ya mucho en Castilla". Si había mucho en Castilla, en 1498, deduzco que Colón lo llevó allá no en su segundo viaje, sino en su primero.

de ella para expeler sus superfluidades. *Mandólo salar para llevar y que lo viesen los Reyes*" (16).

De haber cumplido con su propósito —cosa que no es prudente dudar dada la tenacidad de nuestro hombre— habría que añadir a la lista de lo transportado este inundo monstruo marino capturado cuatro meses antes y cuya fetidez, a pesar del tiempo que va de entonces a hoy, aún nos espanta.

Con esta caravana, en todo parecida a un circo ambulante, deteniéndose en cada aldea para maravillar a las buenas gentes con la exhibición de tales curiosidades; aclamado en villas y caminos por la plebe; honrado y probablemente agasajado en su ruta por los señores y homes principales de los que era muy aficionado, el viaje hasta Barcelona se presentaba de una desesperante lentitud. Presumiéndolo, Colón mandó por delante un emisario, un heraldo con su famosa carta.

La primera noticia que tenemos de la misma se conserva en el libro de actas capitulares de la ciudad de Córdoba (17). En este documento consta cómo un mensajero trajo una carta de Colón dando cuenta del hallazgo de tierras desconocidas. Tanta importancia dieron los cordobeses a la comunicación recibida que ordenaron se suministraran ropas al correo con cargo a los haberes de la ciudad, así como un buen puñado de maravedíes para que siguiese viaje a Barcelona. La fecha de esta primera referencia escrita de la carta de Colón es la del 22 de marzo de 1493, siete días, por tanto, después del desembarco.

Muy rápido debió de correr el heraldo, ya que sólo ocho días más tarde, 30 de marzo, los Reyes escriben a

(16) *Diario de a Bordo*: noticia del viernes 16 de noviembre de 1492.

(17) Carlos Sanz: "La Carta de Colón" anunciando el descubrimiento del Nuevo Mundo. Gráficas Yagués, Madrid, 1968.

Colón desde Barcelona; le titulan "Nuestro Almirante del Mar Océano" y le ruegan se apresure en llegar a la Corte (18).

El Almirante, precedido de tales mensajeros cruzó la península en olor de multitud. Dada la fecha de las primeras diez ediciones de su famosa carta, publicadas todas ellas en 1493, no sería de extrañar que cuando llegó Colón a la Ciudad Condal ya estuviera su texto en manos de los impresores.

Desde que —sólo cincuenta y dos años antes— Juan Gutenberg construyó en Maguncia la primera imprenta, no habían manejado los tipógrafos nuevas tan asombrosas, noticias tan alucinantes.

Dejemos al Descubridor en su lentísimo viaje acarrear papagayos, indias desnudas, especias desconocidas y puercos marinos, gozando de su primera y bien ganada popularidad a través de la Península, y saltemos a la Corte misma, donde, amén de los Reyes, le esperan al menos cuatro personas íntimamente relacionadas, tanto con él cuanto con el tema de esta disertación: sus dos primeros historiadores y dos destinatarios de otras tantas cartas suyas.

El primero es nada menos que Gonzalo Hernández de Oviedo, quien contaba a la sazón catorce años, que sería, andando el tiempo, el primer historiador de esta América recién descubierta, a quien la cesárea Majestad de Carlos V designaría, al correr de los años, "Cronista Oficial

(18) En el sobrescrito de esta carta, fechada por Fernando Alvarez por mandato del Rey y de la Reyna se lee: "a D. Cristóbal Colón su Almirante del mar océano e visorrey e gobernador de las islas que se han descubierto en las Indias". Esta carta, cuyo original procede del archivo de Veragua, fue recibida por Colón durante el camino.

de las Indias" (19) y a quien debemos el conocimiento de alguno de los ejemplares humanos que componían la exuberante y pintoresca caravana que se desplazaba hacia la Ciudad Condal. El segundo, Pedro Mártir de Anglería. El tercero, Rafael Sánchez. El cuarto, Mosén Luis de Santángel, caballero aragonés, oriundo de Valencia. Interesante sujeto. Ya hablaremos de él. Comencemos por decir algo del más joven de los historiadores.

Al divulgarse la noticia del hallazgo de aquellas islas innumerables, la conmoción que sacudió a toda la Cristiandad fue vivida por este perspicaz y sensible adolescente desde el más privilegiado observatorio del mundo: la Corte de los Reyes que patrocinaron la expedición.

Un año antes había gozado Hernández de Oviedo un privilegio semejante al presenciar la entrega de Granada a los monarcas católicos. Para un futuro historiador de América no fue mal principio haber sido testigo, junto con Cristóbal Colón, de aquel hecho de armas que ponía fin a los siete siglos de dominio islámico en la Península. Escribe Colón: "Por fuerza de armas vi poner las banderas reales de Vuestras Altezas en las torres de la

(19) Con fecha 7 de mayo de 1532, el Consejo de Indias propuso al monarca que "Gonzalo Hernández de Oviedo, vecino de la Española, [quien] ha tenido cuidado e inclinación de escribir las cosas de las Indias" y "ofrece llevar adelante su trabajo si se le da algún salario para el gasto de recoger material" se le designe para este cargo.

El monarca responde con fecha 18 de agosto de 1532: "Pues os parece que Gonzalo Hernández de Oviedo lo hará bien, por haber estado tanto tiempo en aquellas partes, por la experiencia y noticia que tiene de las cosas dellas, dadle cargo dello". A continuación le asigna 300.000 maravedíes en cada un año para que "escriba las cosas de las dichas Indias cumplidamente e por buen estilo". Véase el interesante y erudito "Estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela acerca de Hernández de Oviedo", Biblioteca de Autores Españoles, tomo 117.

Alhambra...". Escribe Hernández de Oviedo, refiriéndose a lo mismo: "... y yo me hallé allí aquel día", "y no se olvidará a los que allí se hallaron". Escribe Juan Pérez de Tudela: "La toma de Granada, que presencia (Oviedo) con otros adolescentes de la compañía del Príncipe Don Juan...". Escribe Colón: "Y vi salir al rey moro a las puertas de la ciudad y besar las Reales manos de Vuestras Altezas y del Príncipe mi Señor". Junto a este Príncipe estaba un primo hermano suyo, el Duque de Villahermosa y, con él, su criado, paje y compañero de juegos, el niño Gonzalo Hernández de Oviedo. Ni Colón supo nunca que aquel muchachuelo iba a ser su primer historiador, ni al paje pudo ocurrírsele que, andando el tiempo, su propio nombre y fama irían indeleblemente unidos a los inciertos resultados de la colosal empresa que por aquellos días Colón patrocinaba. Pasan catorce meses. El futuro historiador ya no es paje de un primo del Príncipe heredero: ahora lo es del propio Príncipe. Y un buen día, al filo de la primavera de 1493 llega a la Corte instalada en Barcelona la nueva prodigiosa. Aquel Cristóbal Colón que tanto importunó en Córdoba y en Granada con sus locos empeños y al que, al fin, se le dieron tres naves para que probara sus teorías, ha conseguido su propósito. El Escribano de Ración de la Casa y Corte del Rey ha recibido una carta suya. Se dice que Colón ha desembarcado en el mismo puerto de donde zarpó *ocho* meses atrás y que trae consigo las muestras más extrañas de hombres, pájaros, peces y plantas de razas y especies desconocidas.

Pocas semanas más tarde la ciudad se conmueve con una nueva emoción. Ya no son noticias, cartas ni rumores los que llegan, sino que es el propio descubridor quien avanza por las calles al frente de su museo de rarezas.

Los Monarcas no le hacen esperar para recibirle, como tantas otras veces en Córdoba o en Granada. Lejos de esto "fue muy benigna e graciosamente rescebido del Rey e de la Reyna".

Colón, repito, no especifica el material botánico, zoológico, mineral y humano que llevó a los Reyes, aunque sí, como antes dije, el que pensaba llevar. Yo hice el paciente recuento de estos propósitos; Gonzalo Hernández de Oviedo confirma la existencia de los indios que se trajo el Almirante y nos da de ellos noticias preciosas y singularísimas, como la del bautismo de los mismos, que son apadrinados nada menos que por sus Católicas Majestades. A uno de ellos se le puso el nombre del Rey. don Fernando de Aragón; a otro el del Príncipe heredero: don Juan de Castilla, de quien se aficiona tanto el primogénito de los Soberanos que quiere que se quede para siempre "en su Real Casa, y que fuese muy bien tratado e mirado, como si fuera hijo de un caballero principal a quien tuviera mucho amor". Y así fue. Oviedo lo llegó a ver "en estado que hablaba ya bien la lengua castellana" (20).

De todo esto fue testigo Hernández de Oviedo desde los aledaños del joven Príncipe Don Juan, llamado por Ley de sangre a heredar los inmensos imperios de los que el Almirante había tomado posesión en nombre de los Reyes Católicos.

Estas experiencias —y su corolario de emociones, sugerencias y acicates a la noble y fecunda curiosidad— marcaron para siempre la vida de aquel mozalbete de catorce años. Mucho tiempo después, al recordarlo, Oviedo antepone al relato estas solemnes palabras de San Gregorio

(20) Gonzalo Hernández de Oviedo, "Historia General y Natural de las Indias", capítulo VII.

y que son, por cierto, una manifestación más de lo que es Literatura de Testimonio: "Con menos autoridad enseña el que habla las cosas que oyó que aquel que dice las que vio" (21).

El segundo individuo que esperaba impaciente a Colón era Luis de Santángel, Escribano de Ración de la Casa y Corte de Aragón, del que muchos se han asombrado del honor que recibió al ser destinatario de la gran nueva.

En lo que no profundizan quienes tal sienten es que, sin hipérbolo, debe considerarse a Mosén Luis de Santángel el personaje más sobresaliente en la prehistoria del Descubrimiento americano. Al servicio de unos u otros señores, años antes, años después, Colón hubiera llevado adelante su ambicioso proyecto, pero, sin Luis de Santángel, España no hubiera participado en su desarrollo y culminación.

He aquí un hombre cuya única intervención en la génesis de los hechos apenas duró sesenta minutos, mas esta minúscula porción de tiempo fue la justificación de toda una vida. Hora más brillante no existe en la Historia de nuestro país. Su grandeza no puede entenderse sin considerar los fracasos diplomáticos previos de Cristóbal Colón.

Cuando Luis de Santángel interviene, Colón había fracasado frente al Rey de Portugal, al que expuso su proyecto y en cuya Corte vivió catorce años; había fracasado con el poderoso don Luis de la Cerda, quinto conde de Medinaceli y primer duque de este título, de cuya casa fue huésped y al que anduvo mendigando, a lo largo de dos años, su protección, hasta que éste lo remitió a los Reyes, que estaban a la sazón en Córdoba; había fra-

(21) Gonzalo Hernández de Oviedo, "Historia General y Natural de las Indias", capítulo VII.

casado en Córdoba, donde una Comisión de Sabios le desbarató la empresa; había fracasado con el Duque de Medina-Sidonia, al que acudió para remediar el anterior en-tuerto y cuya respuesta fue simplemente ésta: “no”; había fracasado en el campamento de Santa Fe, cuando los Reyes tenían puesto cerco a Granada y le respondieron que “los muchos gastos y cuidados de la guerra” les imposibilitaba empeñarse en otras acciones.

La reseña de su último y más espectacular fracaso, pues tuvo la miel del éxito al borde de los labios y un arzobispo se la retiró antes de que la catara, precede inmediatamente a la intervención del futuro destinatario de la Carta y merece por ello un cierto sosiego en su exposición.

Colón está en el Puerto de Palos. Ya no mendiga dineros para ir a las Indias por Occidente. Ahora lo pide para un periplo más modesto: llegar a Francia por el Mediterráneo para ofrecer al rey cristianísimo de aquella nación la empresa que los de Portugal, Castilla y Aragón se niegan a patrocinar.

Está a punto de embarcar cuando le llega del campamento militar de Granada esta insólita noticia: los Reyes le envían diez mil maravedíes para que se compre un caballo, adecente sus ropas y regrese a la Corte para exponer una vez más —¡una vez más, Dios!— a los Soberanos sus ideas alucinadas.

Sabemos lo que Colón les dijo porque el propio Almirante se refiere a ello en dos distintos pasajes del Diario de a Bordo. Uno: que con el dinero que se ganase en el empeño (¡Ah, Edad Media, Edad Media!) pensaba financiar una nueva Cruzada para conquistar Jerusalén. Dos: que el verdadero motivo de su viaje era bautizar

“a un Príncipe —son sus palabras— llamado Gran Khan, que en nuestro romance significa Rey de Reyes...” (22).

¡Ah, no; no eran éstos los argumentos debidos! Para satisfacer su conciencia y cumplir sus obligaciones religiosas, ya tenían los reyes teólogos y confesores de más crédito que este extranjero amancebado en Córdoba con una mujer soltera, de la que tenía un hijo natural.

En su “Oráculo Manual y Arte de la Prudencia” escribe Baltasar Gracián: “Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubiese humanos”. Si lo que Colón propone fuese una empresa militar, los Reyes hubieran designado un general de sus ejércitos para negociar con él; si fuese una empresa comercial o de lucro, su Tesorero Mayor; como se trataba de bautizar al Gran Khan... designaron un obispo: fray Hernando de Talavera, el mismo que había juntado muchos años atrás en Córdoba aquella primera Comisión de Cosmógrafos para analizar el proyecto colombino. No se le olvidaba, no, al antiguo prior Jerónimo aquel argumento decisivo de uno de los sabios por él convocados de que si la Tierra fuese redonda quizá se pudiera realizar el viaje de ida, en que las naves irían hacia abajo, mas nunca el de regreso, pues las embarcaciones no podrían remontar las aguas hacia arriba de la esfera. Ni aquel otro inapelable respecto a la inhabilitabilidad de las antípodas, pues de haber seres humanos en el lado opuesto de la Tierra, éstos caminarían forzosamente con la cabeza abajo y los pies arriba, cual si anduvieran por el techo de una habitación; hueso éste que al futuro arzobispo de Granada se le hacía muy duro de roer.

(22) Prólogo del Diario de a Bordo dedicado a los Reyes Católicos.

Colón se destaca en esta ocasión como el peor de los negociadores. Y del mismo modo que para tratar con los Reyes de un asunto humano (descubrir nuevas tierras), emplea argumentos divinos (salvar almas), ahora, al habilitar los medios con Su Eminencia Reverendísima, para llevar a cabo una empresa divina (bautizar al Gran Khan y a sus huestes), exhibe tales ambiciones humanas que hace palidecer de estupor al beatísimo prelado.

Hernando de Talavera, que tenía muy serias dudas respecto al equilibrio mental de un hombre que se disponía a remontar las aguas hacia arriba, para regresar de unas tierras donde los hombres andaban boca abajo ("... sobre lo cual hay, como dice Plinio, gran batalla de letrados") (23), escucha atónito las pretensiones del aventurero. Pues he aquí que este mendicante, a quien los Reyes acaban de enviar unos dineros para que adquiriese un caballo y adecentase sus ropas, exige, para llevar adelante una obra religiosa tan pía como la propuesta, las siguientes condiciones: ser designado Almirante del Mar Océano, con las mismas prerrogativas y honores que el Almirante Mayor de Castilla, lo que equivalía a ocupar el primer puesto en la Corte después de los Reyes, y muy por delante, ello es obvio, del señor Obispo; ser visorrey y gobernador de todas las tierras que se descubriesen; transmitir a su descendencia legítima los títulos y honores que se le concediesen y, amén de otras lindezas, cobrar el décimo, deducidos los gastos, de toda mercadería embarcada, fuese oro, especería o piedras preciosas. ¡Gentiles medios para salvar almas!

Su Eminencia Reverendísima, hombre de sesenta y cuatro años, de cuya prudencia y santidad se hacen len-

(23) El entrecomillado pertenece a López de Gómara en su "Historia de Indias" y lo aplica precisamente a la existencia de los antípodas.

guas los historiadores (24), al cabo de varios meses de inútiles discursos, maravillado y enfadado a la par de tales audacias, dio carpetazo al asunto y rompió las negociaciones.

Colón, que no era un muchacho y que temía se le acabara la vida sin ver realizado su sueño, humillado y ensoberbecido a un tiempo, veintiún años más viejo que cuando comenzó a tratar de estos asuntos con el Rey de Portugal, transcurridos siete años de su gestión con Medinaceli y cinco de su llegada a la ciudad de Córdoba, profundamente desalentado, con toda la amargura del mundo en el alma, se despidió de sus amigos y abandonó la Corte en la firme creencia de que lo hacía para siempre. Todo lo había perdido menos la Fe en su empresa. Detrás del Pirineo le esperaba el Rey de Francia. Ahora, al menos, tenía un caballo para galopar.

EL DESTINATARIO DE LA CARTA.

En este momento justo, como una ráfaga de aire limpio, irrumpe en la Historia Mosén Luis de Santángel.

La que los Reyes depositaban en él era una confianza heredada. Un abuelo suyo, de su mismo nombre y apellido, había sido Consejero de Alfonso V de Aragón, hermano del Rey Católico, y de quien éste heredó la Corona. Su mujer, Juana, era descendiente de Luis de la Caballería, tesorero de Juan II, padre del Rey. Perteneecía, por tanto, Luis de Santángel, por sangre y por

(24) En la Academia de la Historia, de Madrid, existe un manuscrito ("El cancionero", de Alvarez Gato) que contiene una "breve suma de la santa vida del reverendísimo y bienaventurado don Fray Hernando de Talavera".



matrimonio, a una dinastía de funcionarios de confianza: consejeros, tesoreros...

Cuando en 1481 quedó libre el cargo de Escribano de Ración de la Casa y Corte del Rey de Aragón —cargo equivalente, según Fernández de Navarrete, al de Ministro de Hacienda—, Santángel fue llamado a ocupar este puesto, que ostentó a lo largo de toda la etapa predescubridora, cuando el futuro Almirante figoneaba por la Corte y contaba sus cuitas a quien quería escucharle.

Una tarde de abril de 1492, aprovechando su despacho con la Soberana (según la versión que de todo este episodio nos ha dado Las Casas), Luis de Santángel se excedió grandemente “de las reglas y lindes de su oficio”. Consciente de que al lado de quienes habían llevado aquel negocio él no era más que “un siervo mínimo” y que su opinión valía menos que nada, sin pretender influir en los altos asuntos del Reino, sino exponer su tribulación ante su Señora, la confesó que acababa de “recibir tan gran pena y tristeza como si a él le fuera poco menos que la vida”. La causa de su aflicción no era otra que la negativa de los Reyes a aceptar una empresa como la ofrecida por Colón, “en la que tan poco se perdía”, caso de que saliese vana o fracasase, y en la que tanto se podía ganar, caso de resultar verdadera. Dada esta eventualidad, “Vuestras Altezas ternían de si mismas queja terrible”. La vergüenza que experimentarían el día de mañana “los Reyes sucesores de Vuestras Altezas” “no es muy oscuro imaginarla a los que profundamente lo consideren”. La Reina debía meditar que si era mucho lo que Colón pedía tales mercedes tendrían su origen en lo que él mismo descubriese con “riesgo y aventura de su persona”. Si nada se descubría todo lo perdía Colón. Nada perdían los Reyes. En cambio... ¡si sus predicciones fue-

sen ciertas! Lo que más entristecía a Santángel no era que sus Señores hubiesen despachado definitivamente a Colón después de tantas dilaciones y humillaciones tan crueles, sino el mal que a causa de esto podría derivarse para ellos mismos, ya que la obra desechada hubiera añadido “muchos quilates sobre la loa y fama que Vuestras Altezas de magnificéntísimos y animosos Príncipes tienen”.

Tantas, y tan graves, y tan lúcidas fueron las razones que el afligido Santángel expuso a la Reina, que doña Isabel, en un arrebató de tardío entusiasmo, exclamó que si las cajas del erario estaban exhaustas por la guerra, “yo terné por bien que sobre las joyas de mi recámara se pidan prestados los dineros que para hacer la armada pide Colón”.

Y el buen Santángel, al oír esto, avergonzado de la humillación que supondría para la Reina hipotecar sus joyas a los mercaderes, conmovido y agradecido, mas acaso también con un atisbo de galantería, puso a disposición de doña Isabel su fortuna personal. “Señora Serenísimá, no hay necesidad de que para esto se empeñen las joyas de Vuestra Alteza. Muy pequeño servicio será el que yo haré a Vuestra Alteza y al Rey mi señor prestando (para ello) el cuento de mi casa.”

Un cuento era un millón de maravedíes. Lo que entregó Santángel fue todavía más. Fernández de Navarrete, sin cuyas investigaciones la verdadera historia colombina seguiría en sus albores, encontró en 1825 los recibos que justificaron la entrega por parte de este servidor de la Corte de un millón ciento cuarenta mil maravedíes para la financiación de una viaje, cuya culminación habría de transformar el curso de la Historia.

A toda prisa mandó la Reina buscar a Colón, que

ya había partido. Lo encontró el alguacil de la Corte en el camino de Córdoba, a la altura de un puente llamado de los Pinos, sobre el Genil (25). A su regreso le recibió Santángel, quien le impuso de lo ocurrido.

¿Puede nadie sorprenderse de que la primera persona a quien Colón escribiera dándole cuenta del gran triunfo alcanzado fuese el hombre que sufragó la expedición con sus propios dineros y arrancó de la Reina, cuando todo parecía irremediabilmente perdido, el permiso para hacerlo?

Mosén Luis de Santángel: tal es el destinatario de la primera fuente histórica del continente americano (26).

EL TEXTO DE LA CARTA.

“Señor —comienza el escrito—, porque sé que habréis placer de la gran victoria que nuestro Señor me ha dado en mi viaje vos escribo ésta por la cual sabréis como en 33 días pasé a las Indias con la armada que los ilustrísimos Rey y Reina nuestros Señores me dieron, donde yo hallé muchas islas pobladas por gentes sin número y de ellas todas he tomado posesión por Sus Altezas con pregón y bandera real extendida y no me fue contradicho.”

Y la carta dirigida a Rafael Sánchez concluye con estas palabras exaltadísimas, eufóricas hasta el paroxismo, pero en cierto modo proféticas:

“Celébrense procesiones, háganse fiestas solemnes, llénense los templos de ramos y flores; gócese Cristo en

(25) Pedro de Lorenzo: “Viaje de los ríos de España”. Editora Nacional, Madrid, 1968.

(26) La segunda fuente es la carta dirigida a Rafael Sánchez, Tesorero de Sus Majestades. Son prácticamente idénticas. Las diferencias entre una y otra se deben a la impericia de los traductores.

la Tierra cual se regocija en los cielos”. “Regocijémonos así por la exaltación de nuestra fe como por el aumento de bienes temporales de los que no sólo habrá de participar la España sino toda la Cristiandad.”

Cuenta Colón cómo la primera de estas islas la bautizó con el nombre de Dios, *San Salvador* (“en conmemoración de su Alta Majestad que tales cosas [me] ha dado”, son sus palabras); la segunda, con el de la Virgen, *Santa María de la Concepción*; la tercera, con el del Rey, *Fernandina*; la cuarta, con el de la Reina, *Isabela*; la quinta, que es Cuba, con el del Príncipe Heredero, *Isla Juana*; la sexta, con el nombre del país descubridor, *La Española*.

¿Puede darse una más cabal, minuciosa y justa ordenación de jerarquías?

El Almirante desarrolla a continuación el curso de su viaje: describe las costas, los grados de longitud y latitud, calcula las distancias. Alguna de sus precisiones son sencillamente asombrosas: “Puedo decir —escribe refiriéndose a Cuba— que esta isla es mayor que Inglaterra y Escocia juntas”, como así es, en efecto, no por su área mas sí por la extensión de sus costas, que es a lo que él se refería. Describe Colón los árboles, las montañas, las flores, los pájaros... “Y tengo dicho que [estos árboles] jamás pierden la hoja, según lo comprendí, que les vi tan verdes y tan hermosos como [lo] son por mayo en España. Y dellos estaban floridos, dellos con fruto y dellos en otro término según su calidad. Y cantaba el ruiseñor y otros pajaricos de mil maneras en el mes de noviembre allí donde yo estaba.”

El orden que sigue en sus descripciones es el mismo del Génesis: primero las aguas, la tierra después; más

tarde las plantas, los animales luego; por último, el hombre.

¡Ah; el hombre! ¿Qué hombres eran éstos? ¿De dónde venían? ¿De dónde vinieron? Colón creía haber llegado a las costas de Asia. Tenían razón los cosmógrafos de Salamanca cuando decían que la Tierra era más ancha de lo que Colón afirmaba. Tenían razón. Mas, ¿cómo imaginar que en el camino sugerido por Colón para llegar a las Indias Orientales por Occidente hubiese un inmenso continente desconocido, insospechado, poblado por millones de seres cuya existencia era ignorada por el resto de los hombres que habitaban la Tierra?

“Andan todos desnudos —escribe Colón— hombres y mujeres, así como sus madres los paren.”

Las noticias que nos da de estas razas desaparecidas maravillaron a toda la Cristiandad y, aun hoy, son de un valor antropológico admirable. No eran negros como en Guinea, sino del color de los canarios (27) sus cabellos eran oscuros y lisos; conocían el fuego y fundían metales, pues llevaban objetos labrados de oro en el cuerpo, mas no tenían hierro ni sabían qué cosa era; eran “gente bien dispuesta y de hermosa estatura salvo que son muy temerosos a maravilla”. Insiste Colón en éstos varias veces. Los indios eran cobardes. Si los españoles se adentraban en alguna villa para “haber fabla” con ellos, éstos “después que los veían llegar fuían [todos] a no aguardar padre a hijo”.

(27) Esta comparación del color de los indios semejante al de los guanches, pertenece al Diario de a Bordo (noticia correspondiente a los indios de Guanahaní, donde permaneció desde las 2 horas del 12 de octubre hasta después del mediodía del domingo 14), pero tanto en este texto como en las cartas a Santángel y a Rafael Sánchez, insiste en que “no eran negros como en Guinea”.

Al comentar Colón que ha dejado en la isla Española a un puñado de sus compañeros “con armas e artillería e vituallas para más de un año”, vuelve a aludir a la cobardía de los indios. No hay peligro alguno para los cristianos; “la gente que allá queda es” más que suficiente “para destruir aquella tierra” si preciso fuere, pues los pobladores “no saben qué sean armas, y andan desnudos y, como ya he dido, son lo más temerosos del Mundo”...

“Es isla sin peligro de sus personas —concluye— sabiéndose regir.”

Habla Colón en otro lugar de su Carta de unas cañas que usaban los indios con un palito puntiagudo en su extremo. ¿Eran lanzas? ¿Eran cañas? ¡Ah, qué pronto las cañas se volvieron lanzas! ¡Qué lejos estaba Colón de sospechar lo que iba a acaecer! Cuando regresó en su segundo viaje a buscar a los españoles, ni un solo de los 43 que allí dejó quedaba con vida.

En el relato estremecedor que el doctor Alvarez Chanca hizo al Cabildo de Sevilla, de los avatares de la segunda expedición, cuenta el dolor y la ira que causó al Almirante la exterminación —por aquellos que eran “temerosos a maravilla”, que corrían delante de los hombres blancos “sin aguardar padre a hijo”— de aquella primera colonia europea establecida en las Indias, “sin peligro de sus personas”... (!! (28).

(28) En el Archivo de Indias de Sevilla existe un curiosísimo documento: se trata de un pregón público en el que se comunica a los herederos de cuantos perecieron en el fuerte de Navidad para que “vayan a la casa de la contratación de Sevilla con los poderes y probanzas bastantes, e luego los oficiales de Sus Altezas se los pagaran, conforme a lo que Su Alteza manda pagar por descargo suyo y de la Reina doña Isabel, Nuestra Señora de gloriosa memoria”.

Este texto mandado pregonar por el Rey Católico después de la muerte de la Soberana está precedido de los nombres de aquellas primeras



Hay un aspecto sabrosísimo no sólo de esta carta, mas de toda la primera literatura colombina, que no quiero marginar, que ha sido olvidada por críticos e historiadores y que es sin duda el que presta a esta narración un encanto inefable y hasta una ternura, aparentemente incompatible con la crudeza de su contenido.

¿No estamos hablando de literatura de testimonio? Pues bien; si comparamos estos tres escritos suyos con el de su último periplo y con los cronistas de Indias inmediatamente posteriores a él, advertiremos el testimonio no confesado, pero implícito, del cruce de una frontera sutilísima.

Esta frontera no es la que divide el globo en Oriente y Occidente (Non Plus Ultra o Plus Ultra); no es la que separa el hemisferio Norte del Meridional, allá donde la Estrella Polar cede a la Cruz del Sur el privilegio de orientar al navegante. Esta otra frontera a la que me refiero es harto más evanescente y vaporosa: es la que tiene de un lado a la Edad Media y del otro a la Moderna. Paso a explicarme. En mi opúsculo "Influencia de la Literatura medioeval en la Cartografía" describo cómo el anhelo de lo maravilloso, la especulación de lo fantástico, el gusto por lo inverosímil, constituía en la Edad Media —para doctos e indoctos— el tema preferido de sus lecturas. Así, los libros de caballerías, a los que —si se me permite esta expresión castiza— dio la puntilla Cervantes en "El Quijote"; y así los libros de viajes y navegaciones fabulosos, a los que da Colón el descabello.

víctimas del Descubrimiento. Suman 40, pero faltan tres nombres: Diego de Arana, Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo. Todos ellos citados por Colón en su Diario de a Bordo.

El "Libro de las Maravillas", escrito en 1332 por el viajero británico Johan de Mandeville y la "Navigatio Sancti Brandani", son ejemplos característicos. El primero de ellos relata el viaje realizado por su autor para conocer al Gran Khan. Con toda clase de precisiones científicas el señor de Mandeville describe algunas de las tribus con las que se topa en el camino. Una de ellas es la de los "monóculos", razas de hombres que (así como los faros de la costa tienen un solo foco en lo alto de la torre) tenían un solo ojo en el centro de la frente; otra es la de los Acéfalos, tribu cuyos individuos carecían de cabeza, mas no de rostro, ya que éste se abría sobre el tronco desnudo; otra más, la de los hombres-canés, sujetos con cabeza de perro; otras que harían palidecer de envidia a las amas de casa de la época, la de ciertos individuos que se alimentaban y hasta engordaban al solo olor de las manzanas; y otras muchas más de la misma caterva fantástica que serían tan prolijo como enojoso enumerar. ¡El señor de Mandeville, a lo largo de su viaje para presentar sus respetos al Gran Khan, además de los descritos, tuvo la suerte de toparse con el Ave Fénix y, con tan buena fortuna, que llegó en el punto justo en que renacía de sus cenizas después de muerta!

Sería ingenuo creerse que este librito (considerado hoy como uno de los más grandes fraudes literarios de todos los tiempos) era tema de entretenimiento sólo para ociosos e ignorantes. Lejos de esto, su influencia entre las gentes cultas era tan grande que hasta los más prestigiosos cartógrafos de la época inspiraban sus cartas marinas en las descripciones contenidas en tales páginas delirantes.

He aquí un caso revelador. Martín de Bohemia, el gran Martín Behaim, natural de Nuremberga, el primer geógrafo que confeccionó un globo terráqueo situando

mares y continentes sobre una esfera; Martín de Bohemia, uno de los más grandes matemáticos de Juan II de Portugal, a cuyas órdenes trabajaba, escribe en uno de los marbetes de su famoso globo: "Debe saberse que esta esfera representa toda la grandeza de la Tierra"... "medida geoméricamente"... "parte de ella según lo que dice Ptolomeo"... "y el resto según el caballero Marco Polo"... "así como lo que el respetable doctor Johan de Mandeville ha escrito en 1332".

¡Válganos Dios! Este grandísimo majadero considerado respetable doctor por uno de los mayores sabios de su tiempo. La cartografía del siglo inspirándose en el viaje en que Johan de Mandeville se dio de bruces con el Ave Fénix, los monóculos, los hombres-perros y las manzanas reinetas, cuyo solo aroma engordaba. Pero..., ¿en qué mundo estamos? Estamos, claro es, en la Edad Media.

Otra de las grandes fábulas del medioevo es la llamada "Navigatio Sancti Brandani", que compite con el "Libro de las Maravillas" en rizar el rizo de lo inverosímil, pues los entes monstruosos y fabulosos —ballenas del tamaño de grandes islas, cíclopes y grifos, con su medio cuerpo de águila y el otro medio de león, se alternan en rigurosa promiscuidad, como señalé en mi libro "Los mil y un descubrimientos de América", con islas que navegan solas, tierras prometidas sólo a los santos, a las que se llegaba cruzando en pleno día una barrera de sombras eternas y otras lindezas y dislates del mismo jaez. El protagonista de esta leyenda es un monje y navegante irlandés del siglo VI; y tan a ojos cerrados se creían los disparates con él relacionados, que la narración de sus viajes (recogida en un códice del siglo IX que se conserva en la Biblioteca Vaticana) también sirvió de fuente inspiradora a multitud de cartas mari-

nas. Hoy sabemos que la isla de San Barandán (también llamada La Perdida, la Innacesible y la Non Trubada, por su virtud de sumergirse o emerger, según el capricho de los hados, del fondo de los mares) no existe. Con esto y con todo, casi todos los mapas de la época la incluyen, muy bien diseñada, por cierto, al oeste de las Canarias y a mitad de camino entre este archipiélago y el de las Azores (29).

La primera carta marina que la dibuja es la muy célebre de Picignano, compuesta en 1367. También incluyen esta isla fantasmal el mapa de Weimar de 1424; el mapamundi de Framauero, en 1457; el divertido mapa de Vinlandia, hace poco descubierto por la Universidad de Yale, en el que no quiero detenerme por no convertir en jocosa una velada tan seria como la presente, y el globo de Martín de Bohemia, quien escribe, bajo su inventada silueta: "El año 565 de Jesucristo, San Barandán llegó con su navío a esta isla en donde vio muchas cosas maravillosas" (las cosas que vio San Barandán eran las ballenas del tamaño de islas, las islas que navegaban solas..., etc.) "y volvió a su país, Irlanda, después de haber permanecido en ella siete años".

Dos datos reveladores: la esfera de Martín de Bohemia está fechada en 1492, el mismo año del Descubrimiento de América; la inexistente isla de San Barandán está incluida, aparte de los mapas antedichos, en el muy célebre de Toscanelli, contemporáneo y amigo personal de Colón, con el que mantuvo una extensa y curiosísima correspondencia de intercambio de ideas que se conserva hasta nuestros días. ¿Qué tiene de extraño que Colón y sus huestes descubridoras creyeran a pie juntillas las

(29) Torcuato Luca de Tena: "The influence of literature on cartography and the Vinland Map", *Geographical Journal*. Londres, 1966.

mismas fábulas en las que creían los más ilustres astrólogos y cosmógrafos de su tiempo? Algunas de estas fábulas persistirán en la creencia de las gentes durante muchos siglos. Nuestro fray Luis de Granada, el eximio orador, el prudente, el erudito fray Luis de Granada, muerto en 1588, es decir, ochenta y dos años después que Colón, seguía creyendo en el Ave Fénix. “Y comencemos ahora —escribe nuestro insigne dialéctico— por una cosa tan rara y extraordinaria como es el Ave Fénix, cuya naturaleza describe San Ambrosio con estas palabras: “es ave, dicen, que habita en la región de Arabia y que llega a los quinientos años de vida. La cual, sintiendo que se acerca el fin de sus días, hace una como sepultura o arca de incienso y mirra y otras cosas olorosas y entra en medio de ella y allí muere, y de la carne de su cuerpo muerto sale un gusano el cual poco a poco va creciendo hasta llegar a tener alas como el ave de cuyas carnes se engendrò; y así viene a renovarse y a cobrar la misma forma y figura que en su origen tenía” (30).

Item más: Johan de Mandeville realizó su viaje para saludar al Gran Khan. Colón, ya lo hemos visto, también. Y no sólo para presentarle sus respetos, lo cual ya es mucho, sino para bautizarle, que es más. Johan de Mandeville llegó hasta su Corte. Colón creía estar en las inmediaciones de sus dominios que sitúa, léase su carta a Santángel, un poco más allá de la que hoy es República Dominicana.

Bien. Si estaba en las cercanías de sus dominios, la consecuencia cae por su peso: no debían de andar lejos las razas de hombres extraordinarios que el caballero británico (y grandísimo embustero) Johan de Mandeville tan puntualmente describió. La cita de su Diario de a Bordo, correspondiente al 23 de noviembre de 1492, es reveladora: “... sobre este cabo —escribe— encabalga otra tierra que da también al este y decían [los indios que venían conmigo] que era muy grande y que había en ella gente que tenía un [solo] ojo en la frente”. Y en su carta a Santángel dice textualmente: “Me quedan de la parte de Poniente dos provincias que yo no he andado, la una de las cuales llaman Auau, donde la gente nace con cola”. Es decir, los monóculos y los hombres-canes ni más ni menos del “Libro de las Maravillas”: hombres-canes —obsérvese—, que vivían en Auau, onomatopeya que, para Colón resultaría con toda evidencia la del ladrido de un perro. Cuando Colón confiesa creer tales patrañas lo hace desde la Edad Media; pero cuando comenta la existencia de los caníbales, razas “que tienen aquí por muy feroces” y que “comen carne viva”, o cuando se maravilla ante la presencia de “los perros mudos” de las Bahamas, lo hace desde la Edad Moderna, aportando datos de inestimable valor antropológico y zoológico (31).

(30) Fray Luis de Granada: “Del símbolo de la fe”. Tomo I, capítulo XXII.

(31) En el Diario de a Bordo (texto correspondiente al domingo 28 de octubre de 1492) relata Colón cómo llegó “a dos casas que creyó ser de pescadores” “en una de las cuales halló un perro que nunca ladró”. Y en otra ocasión: “había perros que jamás ladraron”. Y en otro lugar (domingo 11 de noviembre): “Bestias de cuatro patas no vieron salvo perros que no ladraban”. Pues bien, Fernández de Oviedo, que no conoció el Diario de Colón, publicó treinta y cinco años más tarde el famoso “Sumario de la Natural Historia de las Indias” en la que hace el recuento de las curiosidades así botánicas como zoológicas que había en aquellas tierras. Y en su capítulo XXVI, escribe: “... en poder de los indios flecheros hay unos perrillos pequeños, gozques que tienen en casa de todos los colores de pelo que en España los hay; algunos bedijudos y algunos rasos y *son mudos* porque nunca jamás ladran ni gañen ni aúllan ni hacen señal de gritar o gemir, aunque los maten a golpes”.

Cuando averigua por la posición de las estrellas que la Tierra no es redonda, quiero decir que no es una esfera geoméricamente perfecta, sino que es más ancha en las proximidades del Ecuador (afirmación exactísima por primera vez observada y declarada en el mundo; verdad incontrastable que tardaría muchos siglos en ser demostrada y admitida), lo está diciendo desde la Edad Científica; pero cuando hace a los Reyes esta declaración delirante: "Tengo asentado en el ánimo que allí, en esa elevación, es el Paraíso Terrenal, lo hace desde el medioevo (32).

¿Que quiere invertir las ganancias que se obtengan de su Descubrimiento en la Conquista de Jerusalén? ¡Edad Media! ¿Que estudia y analiza la variación de las hojas, las raíces comestibles como la batata, las plantas medicinales, como el ruibarbo o la velocidad de la corriente de las Antillas? ¡Edad Moderna!

Cuando descubre entre la isla de Trinidad y la tierra firme de Venezuela que el agua de la mar se ha trocado súbitamente en dulce y sabrosa y que hay grandes avenidas de agua que luchan inexplicablemente entre sí,

(32) En la relación de su tercer viaje, no especifica cuál de estos cuatro ríos que nacían de la fuente citada en el Paraíso Terrenal, es el que tiene ante sí. Pero en varios otros pasajes de sus obras alude al Ganges. Así, por ejemplo, en la carta que escribió a los Reyes respecto a su cuarto y último periplo dice: "Y de allí a 10 jornadas es el río Ganges". Quiere decir que desde el sitio en que se encuentra, cuando escribe esta última relación, había 10 jornadas de distancia con aquel río que descubrió durante su tercero. Y en el prologo que pusieron los editores de la versión latina a la carta de Rafael Sánchez se lee, refiriéndose a Cristóbal Colón: "A quien es muy deudora nuestra época acerca de las islas de la India halladas muy poco ha de sobre el Ganges y a cuya conquista había sido enviado 8 meses hizo a expensa de los invictísimos reyes de las Españas, Fernando e Isabel".

pues no hay viento, comprende hallarse en la desembocadura de un río inmenso que "procede de tierra infinita". Y era verdad, pues se hallaba ante el delta del Orinoco, que era el mayor río, salvo el Nilo, del mundo entonces conocido; pero la Edad Media tiraba de él con tal fuerza que, mezclando las Sagradas Escrituras con las supersticiones más burdas de su tiempo, decide que al pie del árbol de la vida, que Dios puso en el Paraíso, nace una fuente de la que proceden cuatro ríos principales —Ganges, Nilo, Tigris y Eufrates— y que uno de éstos es el río que tiene ante sí; de donde se deduce que el agua dulce que ha bebido procede de la fuente de la vida, que nace al lado del árbol del Bien y del Mal con cuyo fruto prohibido se desayunaron, con harta desobediencia, nuestros primeros padres.

Las carabelas, señores académicos, zarparon de las orillas de la Edad Media y, al cabo de muy pocos viajes de ida y regreso... la Edad Media ya no estaba. Acaso porque los descubridores la llevaban en sus corazones y la fueron perdiendo al embate con las realidades antropológicas, geográficas y técnicas de lo mismo que descubrían. Salieron en busca del Gran Khan y se encontraron con la variación de la aguja magnética.

Cuando Colón en su Diario de a Bordo relata, con fecha 10 de enero de 1493, que ha visto "tres sirenas que salieron bien alto de la mar", lo escribe desde la Edad Media. Pero cuando a continuación añade que "no eran tan hermosas como las pintan", "que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara", ya lo está diciendo desde la Edad Moderna. Lo que en realidad vieron saltar fuera del agua eran tres inmundos manatíes, mamíferos sirenios, cuyo hocico recuerda la nariz

humana, cuyas aletas parecen manos y cuyas hembras poseen dilatadas y poderosas mamas pectorales.

¡No eran tan hermosas como las pintan! ¡Enteneceadora decepción!

MÍSTICA, PICAESCA, CRÓNICAS DE INDIAS.

Señores académicos: los relatos de Cristóbal Colón sirven de precioso, eficacísimo, prólogo a uno de los capítulos más interesantes de nuestra historia literaria y de nuestra literatura histórica: Las crónicas de Indias.

Cabe preguntarse: ante las cumbres inmarcesibles de nuestra literatura de creación, en esa cordillera en la que destacan como crestas majestuosas los Lopes, Cervantes, Quevedos, Garcilaso o Calderones, ¿qué lugar ocupan los Alvarez-Chanca, Bernal-Díaz, Casas, Oviedos o López de Gómara? En un país como el nuestro, en que los libros de memorias son tan escasos (cuando no, con honrosísimas excepciones, harto pobres) la literatura de testimonio supondría frente a aquellos colosos poco menos que nada. ¡Poco menos que nada, caso de no existir las crónicas de Indias! Mas he aquí que existen y marcan junto con la mística y la picaesca uno de los tres vértices que delimitan la radical originalidad de nuestra Literatura. Grandes dramaturgos, profundos y magníficos novelistas; delicados, graciosos, hondísimos poetas proliferan en nuestras letras..., mas también en las ajenas. En cambio, la mística, la picaesca, y este género de literatura de testimonio que hoy nos ocupa, carece de parangón en la literatura universal.

Su tasación literaria no puede basarse en las elegancias de la sintaxis o en los primores del estilo —ajenos a

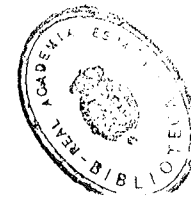
humildes soldados como Bernal Díaz o a toscos marineros como Diego Méndez—, sino a la grandeza del relato. ¿Y qué grandeza mayor que los sucesos que culminaron con el descubrimiento, conquista y colonización de aquellas tierras innumerables de las que profetizó Colón que “no solamente la España, mas todos los cristianos tendrán [allí] su refugio y ganancia”?

La mayor cosa —escribe Gómara— después de la creación del mundo sacando la encarnación y muerte del que lo crió. “Y no son fruto estas palabras de una hispanofilia patrioterica y exaltada. El francés Hipólito Adolfo Taine, observador puntualísimo de los pueblos y las naciones, estudioso de los clásicos romanos (*Ensayo sobre Tito Livio*), de los griegos (*Filosofía del Arte en Grecia*), de la literatura inglesa (*los escritores actuales de Inglaterra*) y de su propio país (*Ensayos de Crítica y de Historia*), escribió entre sorprendido y admirado: “Hubo un momento extraño y superior en la especie humana... de 1500 a 1700, España es acaso el país más interesante de la tierra” (33).

Este momento extraño y superior fue descrito, antes que por la historiografía crítica moderna, por la literatura de testimonio de la época.

Las Crónicas de Indias —que remataron esta literatura de testimonio y que tuvieron en Colón su prologuista e iniciador— fueron escritas bajo el signo del estupor y la grandeza. Y quien las lee no puede menos de sentirse sacudido, arrebatado, por la grandeza y el estupor.

(33) *Correspondence*, de Taine, vol. IV, p. 74.



DISCURSO
DEL
EXCMO. SR. DON LUIS ROSALES CAMACHO



SEÑORES ACADÉMICOS:

SEAN mis primeras palabras de gratitud a la Academia por haberme encargado la contestación al brillante discurso que acabamos de oír, pero también, en nombre de la gratitud, debo hacer una confesión: en esta hora de reconocimiento y alegría yo tengo una emoción particular, una emoción que no se liga con la vuestra, una emoción insatisfecha, participante y dolorosa. La expresaré con sencillez: entre nosotros falta alguien. Entre nosotros falta, hoy, la persona que, en los momentos difíciles de mi vida literaria, me alentó y me sostuvo con su palabra y con su mano; entre nosotros falta el gran poeta de mi generación de cuyo ejemplo todos nos hemos enriquecido. A él se le deben muchas cosas, no siempre claramente reconocidas. A él le debemos el más alto nivel de calidad de la poesía de nuestro tiempo: el redescubrimiento del corazón, quiero decir, el redescubrimiento de las fronteras, tanto interiores como exteriores, de nuestro propio corazón, y, finalmente, el encuentro de la expresión poética desnuda, irrestañable, que primero se vive y después se revive, dejándola temblada, sobre el papel. Si hoy viviese Leopoldo Panero, estaría entre nosotros,

ocuparía mi puesto y mi tribuna, y os estaría diciendo estas palabras que yo ahora trato de reunir, como una ofrenda a su memoria, alrededor de un verso suyo:

“Como rotos de ti tengo mis huesos”,

de un prodigioso verso suyo que estoy viviendo ahora y recordando. Trataré de aclarar en qué consiste esta ruptura a que alude el poeta. La nostalgia, en efecto, nos rompe y nos reúne, al mismo tiempo, como hilvanando nuestros huesos. Su acción consiste en escindirnos del presente actual para restablecer el presente perdido. No mira atrás como suele pensarse: mira adelante, y atiende siempre al restablecimiento de la unidad vital. Tal vez en mi recuerdo pudieran confundirse la evocación y la nostalgia. Sus diferencias son las siguientes: La evocación suele llenar el hueco que una persona ausente ha dejado en nosotros, mientras que la nostalgia, por su propia naturaleza, nunca llena este hueco, antes, por el contrario, sirve para avivarlo como el olor aviva la huella que la cabeza deja en la almohada. Quiero decir que la evocación nos recuerda tan sólo lo que toda persona tiene de recordable, mientras que la nostalgia nos recuerda, justamente, lo que toda persona tiene de insustituible. No es igual una cosa que otra. La evocación nos añade alegría, la nostalgia nos añade dolor, y es bien sabido que dolor y alegría son las dos caras constituyentes e irrenunciables de toda humana situación. A causa de ello la evocación nos satisface, mientras que la nostalgia nos enriquece sin completarnos, nos deja huérfanos, desvalidos, o bien, como decía Panero con acierto estremecedor, nos deja rotos de algo que ha sido nuestro, de algo que

hemos perdido y en cuya búsqueda nos distendemos haciendo que se rompan nuestros huesos.

Esta es mi dolorosa situación ante vosotros en este día, ya que a Leopoldo Panero, entre otras muchas cosas que no quiero olvidar, que no puedo olvidar porque me constituyen, le he debido, y le debo, la amistad de Torcuato Luca de Tena, a que hoy me toca responder. Si anteriormente he hablado respondiendo a la gratitud, ahora quisiera responder a la fidelidad. Mi palabra es vicaria, sobreañadida, póstuma. No estoy diciéndola simplemente, estoy participando en ella. No acaba de ser mía: sigue escrita en el tiempo como en un encerado sombrío. Tiene un lugar de origen. Tiene un nombre de origen. Ya os he dicho este nombre para que conozcáis la primogenitura de Leopoldo Panero en este acto y me ayudéis a compartir el dolor de su ausencia.

¿Cómo nace un recuerdo? No podemos saberlo. Nuestra vida afectiva tiene data y no fecha. Hace ya mucho tiempo (tal vez el año 1947), en la esquina de Eaton Square, junto a una plaza (Bargrave Place), que como tantas otras plazas de Londres mantiene, a toda costa, su adolescencia, tuvo su nacimiento esta amistad siendo Torcuato Luca de Tena corresponsal del periódico que hoy dirige, y Leopoldo Panero, secretario del Instituto Español, que nunca tuvo la suerte de dirigir. Digamos de pasada que ésta fue una de las muchas injusticias que se hicieron con él, siendo la única que no quiso olvidar. Tomó la decisión de seguirla sufriendo durante el resto de su vida. Me gustaría saber por qué lo hizo. Tal vez la prefiriera entre las restantes para templar a fuego lento la dura rectitud de su carácter. El caso es que bien pronto se estableció entre ellos una gran amistad muy a pesar de que pertenecieran a dos generaciones en con-

flicto (1): la *generación sacrificada* y la *generación here-dera*, como en aquellos años, con más o menos precisión, solía decirse. Algo importante les unía, algo que daba al traste, de un manotazo cordial, con las sabidas y consabidas diferencias generacionales. Durante muchos años, sus años fundadores y decisivos, yo viví esta amistad como un espejo; es decir, desde una sola de sus vertientes: la amistad de Leopoldo Panero. Así fui conociendo a Torcuato antes de conocerlo, porque Leopoldo era un poco brujo y nunca erraba en sus enjuiciamientos personales. Tenía certidumbre de corazón tal vez a causa de que no reparaba en minucias. Las miraba y no las veía. Pues bien, las condiciones que a él le gustaba destacar en el nuevo académico eran el arrojo, la integridad y la sinceridad; esto es: la capacidad de jugárselo todo a una carta, la capacidad de asumir la vida entera en cada uno de sus instantes y la capacidad de decirle a cualquiera, ya sea oportuna, ya inoportunamente, todo lo que se piensa. Tres cualidades, aunque sean importantes, no totalizan un retrato, pero son más que suficientes para hacer una presentación.

EL ESCRITOR.

Y ahora pasemos al análisis de su obra de creación, que es lo que nos importa en este día. En la obra literaria de Torcuato Luca de Tena destaca, de manera muy relevante, su actividad de novelista. Le ha dedicado su mayor esfuerzo y sus mejores años. Su primera novela: "La otra vida del Capitán Contreras", fue publicada el año 1952. Su argumento es bien cono-

(1) Leopoldo Panero nació el año 1909. Torcuato Luca de Tena, el año 1923.

cido. Su acción transcurre por los años de aparición del libro. Por decisión del cabildo madrileño se trasladan los restos del Capitán Alonso de Contreras desde la ruinoso parroquia de Santo Tomé al cementerio de la Alameda. El traslado se hace cuando los restos mortales del famosísimo capitán (2) llevan tres siglos descansando. Pero no son bastantes para darles su descanso definitivo, pues cuando el féretro fue abierto oficialmente, los circunstantes se quedaron pasmados. "No fue tan sólo la sorpresa de encontrar el volumen de su cuerpo donde esperaban hallar un montón de polvo, o, a lo más, un acervo de huesos y podredumbre, lo que les hizo callar. Ni fue la visión de la podrida mortaja que cubría aquel volumen dándole un trágico aspecto fantasmal lo que les hizo retroceder. Ni su tamaño. Ni su hedor. Fue su movimiento: la ondulación lenta, leve pero perceptible, rítmica, de su pecho. No quiero detenerme aquí (sigue diciendo Luca de Tena) en lo que es de todos sobradamente conocido. El espanto de los enterradores [de los enterradores que lo estaban desenterrando] ha sido mil veces descrito entonces, y aún ahora, por gacetilleros más hábiles que yo en provocar la risa o en teatralizar la escena." Después de haber pasado trescientos años a la sombra de la caja, el Capitán Contreras, como San Balandrán, se despierta de muerto. Téngase en cuenta que no despierta de una vez, pues el autor no quiere hacerlo resucitar, sino sencillamente despertar. Este matiz tiene importancia porque acentúa el carácter científico y burlón del acon-

(2) Sus memorias se han publicado varias veces: una de ellas, con un extraordinario prólogo de José Ortega y Gasset, fue publicada por la *Revista de Occidente*. Véase también Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, tomo 90, *Autobiografías de Soldados*, con prólogo de José María de Cossío.

tecimiento. El despertar de un sueño de tres siglos tenía que ser muy lento, y, en efecto, lo fue, pues sólo al día siguiente, ante la vigilancia del doctor Yuste, pronunció el Capitán su primera palabra. “¡Jesús!. *dijeron sus labios. Y los dedos de su mano derecha se movieron como queriendo desasirse de invisible y fortísima ligadura. El doctor se acercó a él, levantó suavemente sus párpados y acercó la temblorosa luz de un fósforo a las pupilas secas. No pudo reprimir una vaga zozobra ante aquellos ojos de búho que lo miraban sin verle.*”

Sin verle aún, porque la mirada del Capitán seguía teniendo ante sí las veladuras de la muerte. No es cosa fácil despertar a un muerto, pero el doctor Yuste —Salvador Yuste y Aguirrebengoa, cuarenta y ocho años, que ha sido el empresario de esta resurrección— al fin y al cabo lo consigue, y el Capitán Alonso de Contreras vuelve a la vida terrenal para vivir como un bendito, los acaeceres, infortunios y milagrerías que son la trama de la obra.

La primera impresión que nos produce el planteamiento novelesco es de sorpresa. ¿Para qué armar esta tramoya y levantar un muerto de su tumba, si la novela transcurre en nuestro tiempo, y sus restantes personajes son callejeros y conocidos? Pero a renglón seguido comprendemos la intención del autor. La tesis de la novela, pues ya es hora de decir que “La otra vida del Capitán Contreras” es una novela de tesis, consiste en establecer el parangón entre la vida del siglo xvii y la vida del siglo xx. Como el protagonista de la obra tenía, de modo necesario, que haber vivido en ambos siglos para poder establecer, con propiedad, esta comparación, le fue preciso al nuevo académico desenterrar un muerto del siglo xvii y hacerle despertar en nuestro tiempo. Por con-

siguiente, y en atención a una exigencia argumental, el Capitán Alonso de Contreras tuvo resurrección y vida nueva. La legitimidad del protagonista es evidente: responde a su función en la novela.

“La otra vida del Capitán Contreras” es obra juvenil, esto es: enfática. Su estilo primerizo y retaceado está compuesto de distintos tejidos, de los cuales subrayaremos dos: un estilo periodístico, ágil y suelto, que se utiliza generalmente en los momentos narrativos, y un estilo “de confección”, hecho a la medida, y lleno de reminiscencias clásicas que suele utilizarse en los diálogos y en los discursos. Por ejemplo: “*Decir que contribuye a embellecer la vida es decir algo muy estrecho señora... Tan estrecho como decir que contribuye a lo contrario. Las estrellas son brújulas de la noche y el sol es el pintor de la Naturaleza; el agua es el consuelo de la tierra; mas siendo así, también es cierto que por las estrellas se engaña el navegante; por el sol se queman las plantas; por el agua se anega la tierra. Mas no contribuyen; son la razón primera y única de aquellas dichas y destas desdichas. Por eso la mujer, que es fuente y motor primero de cuanto bueno y malo nos acontece, es en la vida estrella, sol y agua*”.

El párrafo citado es una pura reminiscencia clásica. Está compuesto como una estrofa poética. Lope de Vega utiliza con harta frecuencia este recurso técnico que ha señalado Dámaso Alonso, nuestro querido director, como característico de la lengua poética del Barroco. Es un sistema metafórico y paralelístico que se compone de dos partes. En la primera, denominada por Dámaso Alonso *el proceso de diseminación*, el poeta va enumerando toda una serie de imágenes: *las estrellas son brújulas de la noche, el sol es el pintor de la naturaleza, el agua*

es el consuelo de la tierra. En la segunda, a la que dio Dámaso Alonso el nombre de *proceso de recolección*, se recogen, generalmente, en un solo verso, y por el mismo orden en el que fueron enumeradas, las imágenes antecedentes. En el párrafo que comentamos, el procedimiento estilístico tiene mayor complejidad de la usual, ya que el proceso de diseminación se descompone en dos series paralelas y contradictorias que tratan de probar, alternativamente, que la mujer es lo más bueno y lo más malo que podemos encontrar en la vida.

A veces, estas reminiscencias clásicas nos recuerdan a algún autor concreto. Son muchos los autores rememorados, pero el que aparece con más frecuencia, y de manera casi constante hacia el final de la novela, es Miguel de Cervantes. Por ejemplo: "*Contreras posó su mano sobre la cabeza de Sylvia y la acarició.*

—*No sé quién eres, buena mujer, ni por qué lloras. Pero no hay fuerza ya que me detenga. He de embarcar hoy mismo, pues me va en ello la vida, la honra y el buen servicio del Rey.*

En distinta ocasión un criado se inclina hacia Sylvia...

—*Señora, no le haga usted hablar.*

—*¡Bellaco, majadero, necio...! —protestó Contreras—. ¿Cómo te atreves? No sé los días que llevé embrujado sin poder hablar. Mas hoy he de hacerlo aunque reviente. —Y dulcificó la voz para añadir—: Dime, mujer, o decidme, señora, pues no sé quién eres o quién sois, la causa de vuestra pena, pues si es cierto que las lágrimas ajenas consuelan al triste, el escucharos, señora, puede ser mi medicina.*

Conviene hacer una salvedad. Estas reminiscencias clásicas no son involuntarias, sino deliberadas. Generalmente, como hemos visto en los textos anteriores, están

puestas en boca del protagonista, y contribuyen a caracterizarlo. El Capitán Contreras habla el lenguaje de su tiempo, salpicándole a veces de arcaísmos, y es el único personaje que lo utiliza en la novela. Es su lenguaje diferencial. Le basta utilizarlo para que se establezca un desdoblamiento que descompone la acción en dos planos temporales distintos: el plano histórico desde el que habla el protagonista y el plano cotidiano desde el cual se le escucha. Desde el punto de vista técnico, este procedimiento es un acierto: rememora al lector continuamente, y sin mayores explicitaciones, la tesis novelesca que, como ya se dijo, es la comparación entre la vida del siglo XVII y la vida actual. Desde el punto de vista estético lo considero menos acertado: la transición de ambos estilos es muy difícil de salvar.

Las alusiones cervantinas tienen mayor calado. No afectan al estilo únicamente, sino al carácter del personaje. El Capitán Contreras tiene dos vidas que van articulándose entre sí en el transcurso de la novela: una, su vida histórica, de la cual hace el protagonista constantes referencias; otra, su vida novelesca, su prisión en la angostura de un mundo que no le puede comprender. Pues bien a lo largo de su *otra vida*, el Capitán don Alonso de Contreras va convirtiéndose lentamente en Alonso Quijano. El infortunio le convierte en Don Quijote, y en la escena final de la novela se funden sus dos vidas, alucinando al personaje que convive con sus recuerdos y sus muertos considerándolos personajes reales. A la hora de su muerte, la locura le salva y le permite refugiarse en su tiempo. Retorna al siglo XVII. Le ha enloquecido la realidad que le cerca y le acecha. Tiene que renunciar a su *otra vida*.

“Edad prohibida” es la segunda novela del nuevo académico y la más atractiva. Quizá otras posteriores, desde distintos enfoques, puedan tener más interés. “Edad prohibida” sigue teniendo un éxito merecido y constante, y, si no me equivoco, aún tendrá larga vida. Ningún éxito es casual: suele llegar a su hora. Pues bien, en este día, quisiera encabezar su comentario con las palabras que Leopoldo Panero, hace ya veinticuatro años, escribió sobre ella. Tienen aún la tinta fresca: “Aparece, a mi juicio, en esta novela, una nueva personalidad de su autor: es como si fuese su primera obra. A la par de esos adolescentes —los protagonistas de “Edad prohibida”— que dan un estirón de repente, Torcuato Luca de Tena, tocado por esa misma seriedad de alma que tanto ennoblece a la juventud, se enfrenta con la literatura como el hombre nuevo con la vida: un delicado, sutil, tejido biográfico, discurre por las mejores páginas de “Edad prohibida”, pero poéticamente transfigurado, y ya adueñado el novelista de su palabra verdadera, que traicionaban algo, en otras ocasiones, la facilidad o el ingenio, la fresca inventiva o la rápida improvisación” (3).

“Edad prohibida” es una novela de protagonista colectivo: un grupo de niños que el azar ha reunido en la playa; su trama: describir el diferente curso de estas vidas; su técnica: cinematográfica; su localización: San Sebastián; su trasfondo: la memoria biográfica; su tema: el mundo de la adolescencia; su lección: no es tarea fácil adaptarse a la vida.

Comenzaremos por decir que su título, sumamente

(3) Leopoldo Panero, *El mundo de la adolescencia*. “Blanco y Negro”, Madrid, 7-I-1959.

acertado, es el cartel de la novela: al mismo tiempo que la presenta, la define. La edad prohibida es la adolescencia. El sentido de esta expresión nos lo explica Anastasio, que es uno de los personajes vivideros de la novela: “*Son cosas de la edad, se decía para consolarse. Pero en seguida añadía, ensañándose consigo mismo, que si la edad consistía en tener granos y cortaduras en la cara, suciedad en el pensamiento, manchas en los pantalones, y el corazón, en cambio, virginal, lleno de amor, sediento de amistad y de ternura... debiera estar prohibida*”. Prohibida por la tensión a que nos somete, pues el adolescente se siente segregado del mundo circundante y desgarrado del mundo de la infancia. Vive entre la segregación y el desgarramiento. Su soledad es dolorosa, pero la necesita, pues sólo puede vivir secretamente. La mirada le aísla, le segrega, le distancia de todo. No puede convivir. Pero además, y en este caso concreto, la adolescencia es la edad prohibida por motivos particulares y personales, ya que a Anastasio, el personaje que piensa o dice estas palabras, le falta impulso, le falta huelgo para vivir. Piensa que debe hacer una cosa, pero no la hace, y esta modulación de su carácter es subrayada insistentemente, con maestría y con dureza, por el autor. Nunca toma una decisión, por falta de coraje, desde luego, pero también por falta de convencimiento, pues en última instancia tiene la extraña cualidad de no atreverse a desear una cosa más que otra. Vive su propia vida como un espectador. No se revela frente a sus tíos cuando debiera hacerlo. No se atreve a jugar con sus amigos en la playa, aunque comparte sus alegrías. No se atreve a estudiar una carrera brillante, una carrera que constituye su verdadera vocación, y busca una salida pronta y fácil.

Pero lo más extraño y singular de su carácter es su

total inhibición amorosa. Al salir del colegio se encuentra un día en la calle con una *muchachita pálida con cara de niña y ojos tristes*, que le pregunta: *¿A dónde vas?* La muchacha le agrada, pues no parece una *cualquiera*. Se va con ella, pero termina por no aceptar el puesto que por quince pesetas, reducidas a once, le concede en su cama. De igual modo no se atreve a aceptar la invitación de Ester para comer, bailar, reír y punto en boca, ni se decide a amar a Celia, que constituye su idealizada fijación amorosa y representa para el buen Anastasio lo *eterno femenino*. En resumen: no se atreve a vivir, como no se decide a llamar a Enrique a su despacho en el humilde, silencioso y humano final de la novela. Su carácter está muy bien delineado, sin concesión y sin blandura: es lo mejor de la obra. Se puede reducir a una sola línea: un poco por bondad y un poco por abulia acepta siempre la alternativa vital que menos le interesa. En fin de cuentas, Anastasio, el anti-héroe, se ha prohibido a sí mismo vivir.

Enrique es todo lo contrario. Enrique es quien dirige la novela sin protagonizarla, y éste es otro de los aciertos técnicos de "Edad prohibida". Enrique toma la vida a beneficio de inventario y siempre está saldándola. Se la juega a una carta, y, algunas veces, por orgullo, se la juega a la carta peor. Es el mejor dotado de la pandilla protagonista... Tiene fuerza y cinismo, imaginación y claridad, inteligencia y atractivo. No se propone nada y lo consigue todo: la estimación y el temor de los hombres, la admiración y el amor de las mujeres. Toma cuanto le viene a mano como si fuera suyo. No tiene tiempo para elegir, ni le interesa en lo más mínimo hacerlo: es como el agua que se derrama.

Rehace su vida, y la de los demás, todos los días,

y para demostrar su iniciativa personal en unas ocasiones milagrea y en otras necesita delinquir. Toca la flauta. Pinta. Canta. Ama a quien se lo pide y todo lo hace bien. Tiene dotes de mando. Es indudable que ha nacido para triunfar, pero no triunfa; tal vez porque a este gran orgulloso no le basta vivir, tal vez porque este gran despectivo también desprecia el triunfo, y nadie trata de conseguir lo que desprecia.

La relación entre estos dos personajes, es el eje central de la novela y constituye su mayor acierto. Anastasio tiene un nombre vulgar. Pienso que está elegido adrede porque el nombre hace al hombre y el autor lo subraya. Cuando Anastasio ingresa en la pandilla, le invitan a sentarse entre ellos y Anastasio se sienta.

—*Y a todo esto, ¿cómo te llamas?* —preguntó Celia.

—*Me llamo Anastasio.*

—*Lo siento chico —dijo Enrique—. Eso no tiene remedio.*—

El vínculo de esta amistad es, desde luego, la admiración que en todos los momentos siente Anastasio por Enrique. Cuando están en la playa de La Concha, y Anastasio se encuentra mirando a la pandilla, en su estereotipado papel de espectador, le pregunta una mujer de mediana edad que vestía de luto y estaba haciendo punto a la sombra de un toldo:

—*¿Siempre estás solo? ¿No juegas con otros niños?*

Con esta pregunta se nos fija ya para siempre su actitud. Anastasio no juega nunca: en cierto modo no lo necesita y en cierto modo no se atreve a jugar. Y como en tantas otras ocasiones responde a esta pregunta sin responderla; esto es, hablando consigo mismo: "*¡Dale con los niños! ¿Cómo podría llamarse niño a Enrique, por ejemplo, que se lanzaba al espacio desde tres metros*

de altura sobre la arena, o se incrustaba en el mar de un salto, abriendo los brazos en el aire, sin separar los pies ni cuando su cuerpo entraba ya dentro del agua?". La admiración de Anastasio es tan exaltada que ni siquiera considera niño a Enrique. Pues bien, algo más tarde, cuando nos da su impresión personal de todos los componentes de la pandilla, se demora en Enrique, se ahínca en él: "*cuando le oyó por vez primera tocar la armónica se quedó... extasiado. Y cuando le oyó cantar canciones vascas o aragonesas con aquella voz tan viril, tan bien templada, tan potente, aseguró (y era verdad) no haber oído nunca cantar con mejor estilo. Pero su sorpresa fue todavía mayor cuando le vio esculpir sobre la arena húmeda una soberbia y ampulosa cabeza de profeta de poblada barba y revuelta melena. Enrique era un artista, un verdadero artista. Un corrillo de gente le miraba trabajar en la playa, y los comentarios de las personas mayores coincidían en los sentimientos de Anastasio*". Repárese bien en el valor de esta expresión: el autor no se refiere a los pensamientos de Anastasio, sino a sus sentimientos. Ha cambiado una palabra por otra, con indudable maestría, pues debería haber dicho: *los pensamientos de Anastasio*, para darnos de una manera sincopada y enérgica, la verdadera hondura de su actitud. Estos aciertos son frecuentes. Como ha dicho Eduardo Tijeras, "*el autor alcanza difíciles metas expresivas, de signo humorístico o anecdótico, poético y dramático*" (4).

La admiración que siente por Enrique es lo más vivo que hay en Anastasio. Tal vez lo único vivo que hay en él, pero también le ha maniatado un poco porque la

(4) Eduardo Tijeras, *Edad prohibida*. "Rev. Cuadernos Hispano-Americanos", Madrid, núm. 114, junio 1959.

vida de Anastasio adolece de una cierta parálisis admirativa. La admiración, por ser su único sentimiento vivo, no le deja crecer, y Anastasio se va quedando pequeño mientras todos sus amigos hombrean; se va quedando cada vez más pequeño y más bueno. Pongamos dos ejemplos característicos de esta *parálisis admirativa*: La primera novia de Anastasio —su única novia conocida— se llama Maribel y se enamora de ella, principalmente, porque Celia se lo propone. A quien quiere Anastasio es a Celia. Ahora bien, sus amores con Celia son amores de subarriendo admirativo. Celia ha sido la novia de Enrique —novia de juego y travesura por unos meses solamente—. Enrique no necesita abandonarla, pues nunca la ha querido, la *sucede* con otras, y el lector piensa ingenuamente que, pues el campo ha quedado libre, nuestro amigo Anastasio se va a asentar en él como dueño y señor. Celia se muestra, en todo instante, dispuesta a ello. Pero Anastasio, cuya singularidad personal, como hemos dicho, es no hacer nunca lo que quiere, no se decide a hacer la corte a la mujer que ama. Sueña con Celia constantemente. Habla con ella algunas veces, pero en estas conversaciones, siempre se suele interponer, como un impedimento dirimente, el recuerdo de Enrique. Quien lo recuerda es Anastasio, pues Celia ya se encuentra desligada de él. El autor ha subrayado, con acierto, estos recuerdos extemporáneos. Cuando baja a la playa con ella, en una de las escenas más afortunadas de "*Edad prohibida*", "*Anastasio miró hacia atrás temiendo que le siguieran. Tuvo miedo de que Enrique saliera en su busca*". Tal temor no sólo es infundado, sino pueril, pero son los temores pueriles los que suelen obedecer a causas más profundas; así sucede en este caso. No se trata del temor de que Enrique le siga: es que se en-

cuentra, siempre, junto a ellos, como una sombra, separándolos. En esta misma escena y en su momento de más intensidad, piensa Anastasio que la alegría de estar hablando en la playa con Celia es mucho más intensa que la que, al mismo tiempo, y a la misma hora, está viendo Enrique con su amante, la pelirroja. Hay pecados que no vale la pena cometerlos: son una tontería. *“Anastasio se detuvo en este pensamiento con la extraña sensación de estar ahora “repensando” algo ya vivido y meditado por él con anterioridad. —Debo acordarme de esto porque es una verdad como un templo—. Y parodiando a Enrique añadió en su fuero interno: “¡Cómo un templo sencillamente!”*. Es curioso: cuando su pensamiento y su conducta más le distancian de él, lo vuelve a recordar, pues la presencia de Celia le transmite el recuerdo de Enrique. En su última conversación, el subrayado es muy enérgico. Nunca ha estado Anastasio con Celia tan a pedir de boca. Luca de Tena ha ido intensificando gradualmente esta aproximación que nunca acaba de llegar: *“Anastasio la miraba embobado. Celia se dejaba mirar. Y cuando hubo concluido, preguntó con desfachatez:*

—Dime, Anastasio..., ¿no has estado nunca enamorado de mí?

—Confieso que es una vulgaridad. Todos en la pandilla estábamos un poco enamorados de ti. Pero Enrique era mucho Enrique para rival...

—Ya no hay ese rival..., contestó Celia muy rápida”.

Pero lo había. Por más que trata Celia de allanarle el camino, el recuerdo de Enrique siempre termina por prevalecer. Es un dominio a distancia. Es cierto que Anastasio no da el último paso por los factores personales que ya hemos aclarado anteriormente, pero no es menos cierto que Anastasio la sigue amando respetuosa-

mente y a distancia, porque la admiración que siente por Enrique se interpone entre ellos: en cierto modo la ama por haber sido la novia de Enrique, en cierto modo la considera su viuda.

El segundo de estos ejemplos es el más importante. Constituye el final de “*Edad prohibida*”. Su principio y su fin, puesto que utilizando una conocida técnica cinematográfica, la novela es retrospectiva; esto es, su técnica consiste en explicar lo sucedido en sus primeros capítulos. La situación final es la siguiente: Enrique está en la cárcel. Ha asesinado a su amante para robarla. El plan estaba bien urdido. Le propone a Giselle la compra de unos terrenos para inducirla a convertir en dinero corriente y sonante todos sus bienes. (Su amante tiene cuarenta años, es australiana, pelirroja y se llama Giselle.) Giselle, que sólo ve por los ojos de Enrique, realiza su fortuna para darle una prueba de confianza. Pero no acaba de confiar. Piensa que los consejos administrativos de Enrique pueden representar algún peligro para ella. Naturalmente, lo recela y lo teme, mas no se atreve a creerlo, y va comunicando sus recelos a Enrique en una escena matizada, tensa y dura. Hasta que al fin ocurre lo previsto. *“Giselle, tumbada en la cama, fingía llorar. Sobre la combinación se había puesto su bata rosa de gasa...*

—Te he denunciado. Sí, sí, no te rías. Te he denunciado. Si algo le pasara al dinero, si algo me pasara a mí, la policía te buscaría antes que a nadie.”

Ni más ni menos. Giselle le ha denunciado a la policía por un delito que Enrique tiene en el pensamiento. Y la denuncia firma su sentencia de muerte.

“Enrique cerró los ojos dejándose hacer. Enrique se puso a horcajadas sobre ella, sosteniendo con sus rodillas los brazos de Giselle y tiró fuertemente de la cinta.

Giselle abrió los ojos espantada y Enrique cerró los suyos para no verla. Se agitaba como él, como una yegua encabritada, se le escurría como una anguila, y Enrique estuvo a punto de caer. Inclino todo su cuerpo sobre el de ella y apretó con todas sus fuerzas, hasta sentir dolor en los músculos de los brazos y en las manos. Apretó hasta que Giselle dejó de bailar bajo él. Y cuando percibió que no se movía, sin abrir los ojos, siguió apretando." Después del asesinato, y de tomar concienzudamente las precauciones propias del caso, Enrique coge el maletín con la fortuna de Giselle, se viste lentamente, baja su equipaje al portal y busca un taxi. No lo encuentra, y como tiene tiempo por delante para llegar a la estación, se acerca a una churrería, por si allí le es más fácil encontrar un taxista. No le hacen mucho caso. No tiene suerte, hasta que al fin topa con un desconocido, simpático y truhán, que se ofrece a llevarle las maletas. Al llegar a la estación, Enrique se despide de su acompañante: —*Mucho gusto y hasta la próxima. —Adiós, que tenga buen viaje.*

Pero el viaje no se realiza porque su acompañante es el policía que pagaba Giselle. La previsión de la muerte le ha ido siguiendo paso a paso, y así da Enrique con sus huesos en el penal, al cual, pasados unos años, llega Anastasio como director. Su primera medida es recabar que los presos vayan a su despacho para ayudarles en lo que pueda. Todos los presos le visitan. Todos los presos admiran su labor. Todos, menos Enrique, que de modo insistente se niega a visitarlo. No desea mejorar, ni quiere deberle nada al nuevo director. Enrique lleva varios años encerrado en la cárcel y su actitud vital sigue siendo la misma. Pinta, tiene el dinero que necesita y vive indisciplinado y satisfecho. Está a gusto en su celda, pues

verdaderamente para Enrique el mundo es la prisión. No tiene otra. Cuando, al fin, va al despacho de Anastasio para decirle que no precisa nada de él, se cierra con un acierto extraordinario la novela, y se restablece entre los amigos la relación que siempre habían tenido. Nada ha cambiado. La vida es como un corte hecho en la piel: sólo puede cerrarse sobre los bordes. En el despacho del director de la prisión quien manda, manda, y quien manda es Enrique que, encarcelado, mas no desvirtuado, continúa despertando en Anastasio la misma admiración de siempre, cuando le dice: —*¡Jolín! La libertad. Tú tienes la libertad y no tienes narices para usarla.* Las páginas restantes de la novela son un epílogo a estas palabras: lo esencial ya está dicho.

UN ESTILO LITERARIO ORIGINAL Y DE CORRIENTE ALTERNA

A partir de su segunda novela, el estilo del nuevo académico obedece a una ley: es siempre sobrio, justo y ceñido en la expresión de los afectos, y rico, sugerente y literario en la descripción de la Naturaleza. Este paso alternado entre la concisión narrativa y la búsqueda de la belleza descriptiva es el rasgo más acusado de su estilo. Analicemos, desde este punto de vista, su tercera novela que es donde ya, por vez primera, aparece cuajado. Dice Melchor Fernández Almagro que los primeros capítulos de "La mujer de otro" "*dan la medida exacta del hábil arte expositivo de Torcuato Luca de Tena*". En efecto, la dan, y nos sentimos inmersos en la vida hogareña que describen. Ana María Moscoso es una mujer universitaria, intelectual, sensible, sensitiva e interiorizada. Enrique, su marido, es un hombre de nego-

cios, extravertido, rico, superfluo y sedentario. Ya la mera presentación de los cónyuges anuncia la posible inestabilidad del matrimonio. El tercer personaje de este triángulo amoroso es Andrés, compañero de universidad de Ana María, desvalido y pintor, necesitado y necesario, simpático, vanidoso e imaginativo. La caracterización del personaje, que ya tuvo un papel romántico en la vida de Ana, es más que suficiente para hacerle comprender al lector que el adulterio va a consumarse en un abrir y cerrar de ojos. Y así sucede: una visita trivial al estudio del pintor, la puesta en marcha del mecanismo del recuerdo, y Ana María que cae en los brazos de Andrés, de mogollón y sin esfuerzo alguno.

Justo es decir que así ocurren las cosas pocas veces. El adulterio de Andrés y Ana María no tiene historia propiamente: tiene consumación y nada más. No sigue el cauce previsto y, por así decirlo, el cauce homologado y oficial en estas situaciones novelescas. El autor no ha pretendido justificarlo por la pasión de los amantes. Escribe en ello su singularidad, pues "La mujer de otro" no es la novela de un amor culpable, ni la novela de un gran amor. Bien pudo serlo. Uno de sus posibles planteamientos hubiera sido narrar la historia de aquel amor estudiantil, romántico y lejano que no habiendo podido realizarse en la juventud, se realiza, o mejor dicho, se consume en la madurez. Pero este planteamiento ha sido, desechado, por fortuna, y "La mujer de otro" no nos cuenta la historia de un amor que ha conducido al adulterio, sino la historia del arrepentimiento de un adulterio sin amor. Si se abrevian sus trámites de manera tan expeditiva, es para darle, justamente, su carácter necesario y al mismo tiempo provisional. De manera consciente para Andrés, de manera inconsciente para Ana, el amor

que les une tiene carácter transitorio: esto es: les une y no les funde. Sobre este puente movedizo descansa la estructura de la novela, su logro psicológico. Para Andrés la conquista de Ana no es más que una aventura; para Ana María el amor de Andrés no es más que la realización de su anhelo de huida.

Por consiguiente, ambos llegan a consumar el adulterio por motivos distintos que a lo largo de la novela se van haciendo contradictorios.

"*Andrés era extremado en todo: cuando pintaba, cuando amaba, cuando pecaba, cuando se arrepentía*", por lo cual llega con rapidez al adulterio y con mayor rapidez al arrepentimiento. Ana María, en cambio, por su tendencia intelectual, es dubitativa. Duda de todo: del amor, de la vida hogareña y de las tentaciones de la carne, por lo cual llega al adulterio llevada de la mano por Andrés, pero con un sentido de responsabilidad muy superior al de su amante. Apenas realizado su amor, se establece entre ellos una relación conflictiva y amarga. Ana es una mujer templada y fuerte que puede restablecer su equilibrio personal en cualquier coyuntura, por difícil que sea. Andrés, en cambio, es un hombre débil que necesita del entusiasmo para actuar, y es incapaz de sostener el entusiasmo mucho tiempo. Por su modo de ser, cada uno de ellos tiene que reaccionar, ante la nueva situación, de manera distinta. El autor ha subrayado con claridad el divorcio de origen entre las actitudes de ambos amantes: "*Los remordimientos de Andrés empezaban allí donde terminaban los de ella*". Y algo más avanzada la novela, cuando el disentiimiento va ocupando el lugar que ya ha cedido el entusiasmo, volvemos a escuchar el mismo juicio, como una acusación, en los labios de Ana: "*Los hombres comenzáis a tener remordimientos*

por estar con una mujer, cuando comenzáis a cansaros de ella". En definitiva, Ana María sólo ha vivido, y seguirá viviendo, de aceptar sus responsabilidades; Andrés sólo ha vivido y va a seguir viviendo, de no aceptar las suyas. No pueden completarse. No pueden entenderse. El capítulo de la obra donde se narran sus amores se llama *Enero-Marzo-Mayo*: Esta titulación es un acierto, ya que subraya su provisionalidad y parece anunciarnos que van a ser amores a fecha fija.

Las primeras palabras que Andrés dice a su amante, una vez conseguida, son ya penitenciales: "*A veces pienso que tú y yo no somos responsables de nada; otras veces que todo tiene un precio, y no sé cuál será el que nosotros tenemos que pagar*". A causa de ello estaba atemorizado, pero no arrepentido. Es decir, no se arrepiente todavía al iniciar esta relación, pero ya vive atemorizado y en la pendiente que conduce al arrepentimiento. Considera la conquista de Ana como un desquite tardío que la vida le ofrece, lo cual va a darle a estos amores su carácter efímero, ya que el desquite amoroso se agota totalmente en su realización. No deja nada tras de sí: "*Entre los móviles oscuros que inclinaban su voluntad había un tortuoso afán de desagraviarse*".

Ya es sumamente expresivo que en ninguno de los momentos de este proceso, piense Andrés en la alegría del amor realizado; piensa sólo en el adulterio y considera su amor como una mancha: "*Las tardes que salía con Ana esta sensación se le hacía más aguda. Estos días no entraba directamente en casa. Se pasaba primero por un bar, y en el lavabo, sin jabón, se frotaba con agua las manos y la cara. Era una precaución innecesaria, pues Ana María no se perfumaba cuando salía con él. Pero tampoco estaba muy seguro de hacer esto sólo por pre-*

caución. Quizá lo hiciera por otros motivos: por una exigencia mental de liberarse de cuanto hubiera en él de otra mujer antes de presentarse con la suya, o tan sólo por sentir sobre la piel el sedante frescor del agua".

Esta inquietud se convierte bien pronto en arrepentimiento y no le da sosiego: "*Comenzó Andrés a sentirse poseído de un indecible malestar. En el plano más bajo de sus relaciones, le desasosegaba lo absoluto de la entrega de Ana María. Ana se entregaba a él demasiado plenamente. Andrés la hubiera querido menos enamorada o menos contaminada por la vulgaridad de los apetitos: más altiva o más frívola, pero menos entregada*". O bien: "*El podía deslindar dentro de sí, los cuatro campos de atracción que acercan al hombre a la mujer — intelectual, afectivo, sensual y sexual— y ofrecer a Ana María un puesto de honor en alguna de estas cuadrículas (en la primera o la tercera tal vez), pero sabiendo que eran compartimentos estancos, parcelas sin comunicación entre sí*". Lo que no estaba dispuesto a hacer, de ningún modo, era entregarse en todas ellas al mismo tiempo, y esta entrega parcial constituía la base de su sistema defensivo. Así, pues, "*la raíz de su malestar era que Andrés recibía de Ana más de lo que buscaba*".

El estilo que ha utilizado Luca de Tena para la introspección psicológica en esta novela es de gran sencillez y eficacia. Tiene carácter periodístico, si esta expresión no se desdora. Ahora bien: existen muchas más correspondencias de las que suelen suponerse entre el estilo literario y el mundo novelesco. El estilo es como una red que aprisiona y regulariza los materiales de una novela. Y aún más: constituye un sistema y le confiere su estructura. Cuanto aparece en el mundo novelesco viene exigido por el estilo y ordenado por él. Así en los

textos que corresponden al análisis existencial en esta obra, se han suprimido tanto el monólogo interior, como las deliberaciones, los pormenores incidentales y los nexos de unión, para llegar directamente a las conclusiones y establecerlas de manera concisa y ceñidísima. No se describe, tampoco, el proceso mental o emocional: se destacan los estados de ánimo más representativos y se declaran las posiciones en que se fundan. Así, pues, del oscuro y complejo mundo afectivo, sólo aparecen en "La mujer de otro" los estados de ánimo directivos, los estados de ánimo que van a transfundirse en la acción novelesca, bien porque nos expliquen algunas situaciones, o porque muevan la conducta de algún personaje. El estilo crea el mundo, y el estilo indirecto, por la rapidez y la vivacidad que le son propias, creo que ha ayudado mucho a conseguir esa dicción sobria y enjuta que tiene la novela, y ese ajuste, evidente, en la motivación de la conducta de sus protagonistas.

Anteriormente considerábamos el estilo más personal del nuevo académico como un estilo de corriente alterna, es decir: de doble andadura; sobrio, justo y ceñido en la expresión de los afectos y rico, sugerente y literario en la descripción de la Naturaleza. Del primer punto ya hemos hablado; pasemos al segundo. Si el estilo de Luca de Tena para la descripción de las pasiones es rapidísimo, vivaz y periodístico, sus descripciones del mundo natural son demoradas, sugestivas, poéticas. La palabra periodística debe ser funcional; la palabra poética debe ser sugerente. Su intencionalidad es de signo contrario. Su carga de tensión emocional es muy distinta. A causa de ello, no es fácil conseguir la yuxtaposición de estos estilos, ni siempre lo consigue Luca de Tena, pero la obra de un escritor sólo se debe valorar por la

altura de sus aciertos. En muchas ocasiones, el resultado conseguido es excelente.

Veámoslo en uno de sus instantes más afortunados. Corresponde al capítulo: *En el fondo del mar*, que representa en la novela el *climax* del amor. Es bellissimo. Vayamos a los textos sin comentario alguno:

"Ana, por toda respuesta, desprendió de la borda de la barca sus manos y se dejó afondar suavemente... Era admirable esta impresión de sentirse ingrávida entre las aguas. Probó a descender hasta la arena del fondo: lo consiguió sin ningún esfuerzo. Quiso subir después hasta el límite mismo del agua y se admiró de la facilidad con que lo hizo. No era necesario mover los brazos para avanzar. Bastaba un movimiento ligerísimo de los pies y el cuerpo, sin peso, se iba, con sólo girar la cabeza, donde querían los ojos... Los bosques de algas se mecían, lentos y sensuales, en un mundo sin viento... En una llanada, unos peces diminutos y rayados huyeron ante la sombra de su cuerpo, como hacían las cabras de las planicies africanas, fotografiadas desde un avión, y galopando asustadas por el ruido del motor... Al fin se abrió bajo ella, la boca de la sima. ¡Qué asombrosa experiencia! Era extraordinario acercarse a esos bordes y no sentir vértigo; situarse sobre el despeñadero, y no caer, a plomo, por él... Andrés la tomó de la mano y se sumieron en el cráter. Las paredes de la hoyada eran pardas, naranjas, ocre. Entre sus grietas, como en hornacinas, había peces pequeños, transparentes, que no huían ante ellos. Cuando llegaron a la arena, Ana pensó que si la palpaba se quemaría la piel: tal era la reberberación que emitía. Allí experimentaron una sorpresa. Las paredes del pozo no llegaban hasta el fondo, no se apoyaban en el suelo, se recogían en pliegues como una gruesa cortina

petrificada. Ana María no hubiera querido pasar bajo ella, pero Andrés lo hizo y ella le siguió. Pegados a la arena avanzaron lentos. Daba miedo mirar hacia arriba por la negrura del techo. El suelo, en cambio, no había perdido su luz. ¡Qué extraña desazón la que le producía ver la luz abajo, luz azul, y las sombras arriba como si el cielo y la tierra hubieran canjeado sus puestos. Pocos metros más lejos, el túnel se ensanchó y desembocó en una inmensa cavidad. Ana vio cómo Andrés penetraba, iluminado por los resplandores del fondo, en una gran bola de cristal, poblada de centenares, de miles, y decenas de miles de peces. Nunca había visto, ni soñado, un espectáculo de tanta belleza. Los peces translúcidos, como de gelatina, tenían franjas azules, amarillas, verdes, que fosforecían en el agua. Y tal era la velocidad de sus movimientos, y la luminosidad de sus pintas, que toda la bóveda submarina parecía un fuego de artificio —explosión de chispas multicolores— entre las cuales diríase imposible pasar sin quemarse”.

Pido perdón a mis oyentes por la extensión de la cita que, a pesar de los pesares, tendría que haber sido aún más extensa, para poner de relieve los valores descriptivos de este capítulo singular; la claridad de su dicción, la viveza expresiva, el temple emocional equilibrado y sostenido, la configuración imaginativa de la realidad que brinda a cada uno de los detalles su valor propio y espejeante, y la vasta amplitud del ritmo narrativo. La expresión, siempre limpia y ceñida, se demora y va descomponiendo la visión en mil aspectos sugestivos que se completan unos a otros y se atraen entre sí. Gracias a ella, hemos podido evidenciar ante nuestros oyentes el doble paso de andadura del estilo de Luca de Tena, y ver cómo la concisión de los textos psicológicos, ante-

riormente comentados, se ha convertido en acumulación, muy poética y muy lograda, en los textos descriptivos.

Añadiremos, todavía, que este capítulo es crucial para el sentido de la novela. La relación entre los dos protagonistas va a entrar en crisis inmediatamente. En rigor, es un capítulo de despedida, aunque nada lo indica. No importa. Allí, en un mundo nuevo y distinto, en un mundo anterior a todo, se han despojado los amantes del peso de sus cuerpos, del peso de sus vidas. Se han sentido nacer y viven su instantánea eternidad. Allí, en el fondo de las aguas, por vez primera y última son plenamente felices Andrés y Ana María.

LA NOVELA OBJETIVA.

“La brújula loca” es la más personal, la más lograda, la de nivel artístico más alto en la obra novelística de Torcuato Luca de Tena. Las cualidades apuntadas no son accidentales: representan la madurez de un escritor, y como estamos haciendo estas afirmaciones de manera tajante y a ojo de buen cubero, nos gustaría explicarlas.

Pensamos que una obra literaria es *personal* cuando pone de manifiesto las cualidades artísticas más relevantes de su autor. Lo personal, por tanto, no se refiere a la expresión de un carácter, sino a la caracterización de un estilo. No debe confundirse lo natural con lo personal. Lo personal no es algo dado: es un descubrimiento que tenemos que hacer. Muchos se mueren sin hacerlo. La voluntad de estilo suele implicar un sacrificio, pues casi nunca coinciden nuestras inclinaciones naturales artísticas con las mejores posibilidades que hay en nosotros. Lo personal en arte, es siempre un logro, una exigencia, una aventura técnica que nos brinda el azar. Ahora bien,



este azar tiene que ser instado con paciencia y confirmado con fidelidad. No hay más cera que la que arde. Todo escritor ha de ser fiel a sus momentos de fortuna y abandonar el terreno baldío de sus inclinaciones naturales. En suma: lo personal artístico, nunca es lo fácil, sino lo conseguido pacientemente; nunca es lo dado, sino lo que debemos al nivel de exigencia.

Pensamos que una obra literaria está *lograda* cuando en ella no existen caídas; es decir, cuando su calidad es suficiente, y su estilo tiene correspondencia y concordancia. Sólo se pueden conseguir estas condiciones cuando su autor tiene un conocimiento de su arte que le permite seleccionar aciertos y eliminar errores. Pero no es tarea fácil conseguir este conocimiento, ni hay criterio seguro para hacerlo. Todo criterio selectivo es variable porque descansa, más de lo debido, en la opinión del público y en las vigencias de la época. Pese a limitaciones y dificultades, hay algo indiscutible, el logro de una obra siempre descansa en un doble proceso de selección y eliminación. En "La brújula loca" vemos ya realizado, y con mucho rigor, este proceso.

En tercer término, pensamos que una obra literaria tiene un nivel artístico más alto cuando la voluntad de estilo de su autor es más constante y exigente. Ahora bien, debe tenerse en cuenta que todo estilo juvenil trata de ser más rico, mientras que todo estilo de madurez trata de ser más depurado. Estas son las vertientes que separan, tanto en el arte como en la vida, la juventud de la madurez. No nos engañen los años. En fin de cuentas, la madurez de un escritor sólo comienza cuando no trata de enriquecer su estilo sino de depurarlo. Pues bien, en "La brújula loca", Torcuato Luca de Tena ha depu-

rado considerablemente, tanto su estilo de novelista como su modo de construir una novela.

Desde el punto de vista genérico, una de sus características más singulares fue subrayada, en su día, por Melchor Fernández Almagro: "*La brújula loca* es novela andariega, a usanza clásica desde el libro de caballerías a la novela picaresca" (5). Esta intención de volver por los fueros de la novela clásica española es evidente, y como dice Fernández Almagro, debe tenerse en cuenta. La novela picaresca y el *Quijote* le dan su paso de andadura, pero no las imita, pues sólo toma de ellas el carácter abierto de la acción. La novela europea, la novela italiana del tiempo de Cervantes, se basaba en el interés de la trama. Es bien sabido que en el *Quijote* la trama propiamente dicha carece de relieve. Sus episodios, además, dejan de ser convencionales: están determinados por el carácter del protagonista. Con ello nace la novela moderna. Si se cambiara el orden en que acaecen estos episodios, sería igual, porque carece de importancia. Con ello nace la novela abierta; esto es, la libertad argumental. Estos son los dos grandes descubrimientos de la novela clásica española, y añadiremos, de pasada, que, hoy por hoy, siguen teniendo actualidad. Pues bien, "La brújula loca" es una novela abierta, una novela río que hace su cauce al andar. Sus episodios pudieran suprimirse, o intercambiarse, y la estructura de la obra no cambiaría. La función novelística de cualquier episodio —igual que en la novela cervantina— ya está condicionada por el protagonista. El les da su sentido. No valen por sí mismos. Cierto es que algunos nos parecen más acertados que otros. Pongamos un ejemplo: "La brújula loca" es una no-

(5) Melchor Fernández Almagro, *La brújula loca*. "ABC", Madrid.

vela de aire libre. Todos sus episodios tienen al cielo por testigo. Pues bien, el episodio de Sor Micaela es el único que acaece bajo techado. ¿Por qué ha roto el autor la unidad ambiental, cósmica y ancha de la novela? No lo sabemos. Tal vez, porque ni para Perico, ni para nadie, puede haber un hogar al aire libre, y el convento de Sor Micaela es la imagen, nostálgica y transitoria, para el pequeño protagonista, de su hogar destruido.

El argumento de "La brújula loca" se puede reducir a breves líneas. Perico es el protagonista. Perico tiene alrededor de siete años. Ha perdido todos sus familiares en un bombardeo de la aviación nacional sobre el puerto de Santander donde estaban veraneando. Sin embargo, Perico, que es un gran fabulador, piensa que su familia ha regresado a Madrid. No acepta su orfandad. No la concibe. No puede comprenderla. Esta es la situación de ánimo que pone en marcha la novela: su deseo imprescindible de unirse con la madre. No piensa en otra cosa y para realizar este deseo emprende su camino hacia la capital. Tiene que hacerlo andando. Pues bien: en la minuciosa descripción de este viaje consiste su argumento.

Hilvanada sobre este leve hilo, "La brújula loca" es el poema de la tierra española. Las descripciones del paisaje van sucediéndose con cierto aire legendario y preciso. Por ejemplo, la bellísima que comienza: "*Y el buen sol visitó de nuevo la tierra. Escaló primero la vertiente oriental de los Picos de Europa, hasta las cumbres del Castro de Valvanera, y desde allí inició la ronda de cada día, Occidente abajo...*".

Parte de este camino, trazado por el sol en un santiamén, es el que tiene que recorrer nuestro protagonista con sus pies pequeñitos. El estilo descriptivo de Luca

de Tena en este libro es muy disciplinado, de una justeza extraordinaria: se ha quedado en las cosas. El autor no busca el acierto, sino la exactitud. No trata de inventar, sino de dibujar. Su voluntad de arte descansa en la palabra, pero su voluntad de novelista descansa en la fidelidad. Y así, capítulo tras capítulo, va desplegándose, ante los ojos asombrados del lector, el paisaje de España de manera alternada, sucesiva y precisa. "*Desde aquella altura, el mundo entero se desplegaba a sus pies. En primer término, no se veían más que praderas, y más praderas de un verde tierno y monocorde en contraste con el de los bosques... Más de doce pueblos (Brez, Tararrio, Potes, Ojedo...) color de tierra, que no se divisarían si no fuese por la torre de la iglesia, y centenares de casas de labor, que se confundirían con los barbechos si el penachillo de humo de sus chimeneas no las denunciara... Abajo, líneas sucesivas de cordilleras paralelas a la costa, que le parecieron grandísimas al cruzarlas y desde aquí se veían diminutas como montañas de corcho... Tan pequeñas eran que detrás de ellas todavía se divisaba mucha tierra: una tierra distinta, sin ondulaciones, dividida en infinitos y minúsculos cuadriláteros de diferentes formas y colores. Privaba sobre todo el amarillo claro de los cereales sin segar, el ocre de las parcelas en barbecho, el azulenco de las huertas, y el pardo moteado de los frutales. Más allá de esa franja, desvaído y casi blanquecino, el mar... fundido con el cielo sin que pudiera adivinarse dónde el reino del agua empezaba y el imperio del aire concluía. Habían pasado una esponja sobre la gran bóveda caída del horizonte. No se veía la curva del hombro desnudo del planeta.*"

Las situaciones en que a lo largo de la obra se va

encontrando nuestro pequeño héroe, son descritas con la misma justeza y minuciosidad, y a veces tienen un toque de fortuna sorprendente. Pondremos dos ejemplos. Cuando Perico aparece ante las monjas, por vez primera, es tal su extenuación por el cansancio y por el hambre, que no le quedan fuerzas para nada. Tiene que sonreírles y el huelgo se le acaba. Agotado por el esfuerzo de sonreír cae de súbito al suelo, sin pronunciar palabra, ante el asombro de las monjas: *“He aquí que el niño se dobló sobre sí mismo, como ropa tendida que se desprende del secadero, y cayó sin hacer ruido, perdido el conocimiento sobre la gran mancha que el sol dibujaba en las losas”*. O bien este otro. A Perico, que está visto que no es hombre de suerte, una desgracia le trae otra. Cuando despierta del desmayo que tuvo a consecuencia de la explosión, mira a toda la gente arracimada en torno suyo. Recuerda entonces que *“una vez, siendo todavía muy niño, cayó en un pozo seco de pocos metros, de donde tardaron una eternidad en poderle sacar. Recordaba —como gruesas cuentas de un collar redondo que rodeaban el brocal del pozo— las caras de sus hermanos mayores, de sus padres, y de unos hombres que acudieron a los gritos de auxilio. Los veía a contraluz, proyectados sobre el cielo, asomadas las cabezas en torno al agujero. Esta escena real la había cien veces revivido Perico en sueños. Hoy aquella vivencia se repetía. En el brocal de un gran agujero abierto en el techo de su cuarto, caras de hombres y de mujeres le miraban pasmados y en silencio”*.

“La brújula loca”, con un estilo muy de nuestros días, utiliza el lenguaje oral, incluso en las descripciones, para darles mayor viveza. Con ello trata el autor de conseguir, y lo consigue, que entre la narración y la

descripción no haya un tránsito brusco y se realice, de modo casi imperceptible, como un fundido. Con la misma intención estilística utiliza el habla del pueblo, diferenciándola sucesivamente, para subrayar el paso del protagonista por las distintas regiones españolas. Diríase, y es exacto, que esta utilización de los modismos locales sucesivos va reforzando en el lector no sólo la presencia de los distintos paisajes, sino, además, la impresión de viajar. La palabra oral acompaña a la descripción, pero animándola y por así decirlo, resucitándola. Con todos estos elementos, que no tenemos tiempo de analizar, “La brújula loca” es una obra en alto grado sugestiva y singularizada; un mundo de cosas, de paisajes, de situaciones objetivadas que se describen sin interpretarlas, de violencias que, después de leídas, no se recuerdan, de animales, estrellas, monjas y marineros vivos y familiares; un mundo que no ha contaminado el hombre todavía, pues sólo tiene exterioridad; un mundo circunscrito a su presencia que se va sucediendo en los ojos impasibles del niño como si se reflejara en un espejo. En resumen, “La brújula loca” representa uno de los esfuerzos técnicos españoles más considerables para lograr la novela objetiva.

Para cerrar el comentario a su obra de creación, aún debemos decir unas palabras sobre la comedia dramática: “Hay una luz sobre la cama”, estrenada en el teatro Bellas Artes, de Madrid, en 1969. Su trama está compuesta por tres hilos que se entrecruzan: el conflicto generacional entre padres e hijos, la inhibición de la vida amorosa causada por el complejo de Edipo, y la desmoralización empresarial. El tercer acto es el mejor de la obra. Jaime ha ingresado en una clínica psiquiátrica; es el protagonista de la comedia; para encontrar la

salud tiene que psicoanalizar su vida entera. Pues bien, cuanto hemos visto en los dos primeros actos descubrimos ahora que es solamente su confesión ante el psiquiatra: ésta es la luz sobre la cama: la luz de la pantalla que ilumina al paciente y da sentido a su confesión. Es un efecto dramático de primer orden. La intención de la comedia fue muy bien destacada por Pedro Laín Entralgo: "El combate a que Torcuato Luca de Tena nos hace asistir acontece entre la inocencia total y una parcela de la realidad del mundo algo más sucia que otras; y el drama de la inocencia total consiste precisamente en ser arrollada por la sucia realidad del mundo: esto es lo que se pone tan claramente ante nosotros en *Hay una luz sobre la cama*" (6).

La última novela del nuevo académico: "Pepa Niebla", es la continuación de la vida de Jaime, el protagonista de "Hay una luz sobre la cama". No es la mejor de sus novelas. En ella se le ha ido un poco la mano al autor en el tratamiento del complejo de Edipo. Conveniría, sin embargo, destacar el acierto de la segunda parte: es literalmente encantadora. Anula al resto de la obra. Tiene alegría, viveza y originalidad: creo que podría ser un camino a seguir.

PERIODISMO E HISTORIA

Preciso es terminar. Por su premura y su carácter volandero y diario, es difícil hablaros de su extensa labor periodística. No es cosa fácil releerla. A ella se deben, sin embargo, algunos de sus libros donde se dan

(6) Pedro Laín Entralgo, *La paloma y la serpiente*. "Gaceta Ilustrada". Madrid, 19-X-1969.

la mano, más apretadamente, vida y literatura. De su primera corresponsalía profesional (1947) nace el "Londres de la posguerra". De su corresponsalía en los Estados Unidos de América, nace otro de sus libros más personales: "Mrs. Thompson, su mundo y yo". "Embajador en el infierno" es el fruto de su viaje en el *Semiramis*, y de su convivencia con los españoles repatriados de Rusia. De su estancia en Hungría, durante la revolución de 1956, surge también, junto a la crónica diaria, uno de sus poemas más entrañables: "Larga es la noche, Dios, y sin ventura". Pero es en su viaje a las islas Bahamas, de su viaje de periodista para encontrar la cuna de América, de donde surgen, al mismo tiempo, su vocación de historiador (7) y su libro de crónicas más afortunado: "Los mil y un descubrimientos de América", cuya segunda parte: *Crónicas del primer viaje*, es una delicia. El periodismo es la historia diaria, o si se quiere, es la historia de un día. Como en el historiador, la condición esencial en el periodista —yo diría la condición dirimente— es la objetividad; su mérito, la exactitud. Tal vez por esta afinidad, su realización periodística más lograda ha llevado a Torcuato Luca de Tena al campo de la Historia. Es curioso. Diríase que en este libro se ha realizado plenamente su destino como escritor. No es el más importante de sus libros: es el más cálido. Está escrito con entusiasmo, con entrega total. Comprendo que mi afirmación es excesiva y gratuita, pero estimo que es cierta porque es en este libro donde más se armonizan las condiciones persona-

(7) Otros libros del mismo carácter: "La incógnita de la primera isla descubierta y otras incógnitas", Patronato Doce de Octubre, 1968, y "La influencia de las leyes medievales en la cartografía", Sociedad Geographical de Londres.

les de Luca de Tena: su fina observación, su cálido entusiasmo, su inteligencia analítica y, en fin, su extraordinaria capacidad de descripción que le permite levantar, sobre unos cuantos datos, un mundo sugestivo, comunicable, real y misterioso. Aún ha de darnos en este campo sus mejores obras, y una de ellas es, indudablemente, el discurso que acabamos de oír. Su título es su lema: "La literatura de testimonio en los albores del descubrimiento de América". Su intención, demostrarnos que la Literatura de Testimonio es aquella que nos relata hechos reales, y la Literatura de Creación, la que maneja hechos ficticios. Toda crónica histórica es, pues, Literatura de Testimonio en su sentido estricto. Su contenido, el comentario de los primeros escritos colombinos, de los primeros testimonios colombinos (8) donde se da noticia al mundo del hecho más importante de los tiempos modernos: el descubrimiento de América. Cuándo fueron redactados estos documentos; quiénes fueron sus destinatarios y por qué razones; qué conocimientos de la época vienen a comprobar, cuáles a destruir; cómo llegaron a su destino, y cuál ha sido, finalmente, su paradero, son las cuestiones históricas estu-

(8) Estos escritos son: El "Diario de la primera navegación", únicamente conocido por la transcripción del Padre Las Casas: la "Carta escrita a Mosén Luis Santangel" dándole cuenta del descubrimiento de América; la "Carta a Rafael Sánchez", tesorero de los Reyes Católicos; el "Memorial que entregó el Almirante a Antonio de Torres para que lo hiciera llegar a Sus Majestades"; la "Historia del viaje que el Almirante Cristóbal Colón hizo la tercera vez que vino a las Indias", y finalmente la "Carta que escribió Don Cristóbal Colón, Virrey y Almirante de las Indias, a los cristianísimos y muy poderosos Rey y Reina de las Españas, Nuestros Señores, en que los notifica cuanto le ha acontecido en su cuarto viaje".

diadas por el nuevo académico de modo convincente y sugestivo. No hay nada que añadir a su exposición: únicamente agradecerla, y terminar nuestras palabras felicitando a la Academia que hoy se enriquece con los méritos del nuevo compañero.